

REVISTA

CRITICA

DIRECTORA: **Carmen de Burgos** *Colombine*.



COLOMBINE. MARTÍNEZ OLMEDILLA. MOLINA.
GONZÁLEZ DIAZ. ORY. BILAC. GONZALEZ
BLANCO. RAMIREZ ÁNGEL. FRANCÉS.
ALMELA. NERVO. SARON. FARACHE.
AMATO. HOYOS Y VINENT. DÍEZ
CANEDO. CERRILLO ESCOBAR.
AROCA. FUENTES. LIDIA.

Redacción: Velazquez, 44.—MADRID ♦ ♦

Administración: Casa Editorial MAUCCI.—BARCELONA

Precio: 1 peseta

REVISTA CRÍTICA

2.º Año.

1.º de Febrero, 1909

Núm. 5

CRÓNICA

por Carmen de Burgos

¿Qué es mi aniversario?
¿Acaso un error de fechas!

MARIANO JOSÉ DE LARRA

Cuando en las tardes grises de los últimos días de Diciembre y primeros de Enero los periódicos llegan á nuestras manos sentimos una penosa impresión de melancolía. La fuerza menos absurda de los aniversarios ejerce sobre nosotros su atávica influencia. ¡Año nuevo! ¡Año pasado! Entre los dos hay un abismo de recuerdos; de ilusiones desvanecidas; de momentos felices que se tornan amargos en la lejanía.

La «pequeña muerte» de las cosas desaparecidas nos obliga á examinar lo pasado y aprontar energías para lo porvenir.

Lo que fué se esfuma en la neblina del tiempo... alegrías y contrariedades... risas de esperanza... deseos embrionarios... sollozar de cartas que se rompen... debilidades y rebeldías... Todo... todo se aparece como si fuésemos á sepultarlo para siempre en el olvido... queriendo tener voz y figura...

Y ante nosotros el año nuevo... La incertidumbre de lo desconocido, la indecisión de las vidas solicitadas por diversas corrientes; la pregunta á que no responde jamás el Destino desde que la ciencia hizo enmudecer á los oráculos. ¿Qué haré. ¿Qué oculta entre los pliegues de su manto el viejo 1909?

Siempre he sentido escalofriarse mi espalda con la impresión penosa de un aniversario. Hoy tengo una sonrisa de gozo para recibir el nuevo año, un cariñoso saludo de despedida á 1908.

Año que deja en la memoria de todos los que trabajamos

en la fundación de *Revista Crítica* un grato recuerdo imborrable; el de ver satisfecha una aspiración y recoger el fruto del esfuerzo prestado.

Un grupo de entusiastas alzamos la bandera gloriosa que representa el ensueño ideal de nuestra época «Libertad, Arte, Amor».

No nos plegamos á convencionalismos; imperó la libertad de palabra y de pensamiento para rendir culto al arte en toda su grandeza. Las páginas de nuestra colección lo acreditan.

Obra de amor, de juventud, de entusiasmos; en la sección americana hallaron acogida nuestros hermanos de allende el Atlántico: y, con orgullo de madre vieja, España señaló por medio de nuestra pluma los nombres de los pensadores, de los poetas, de los artistas, de los políticos americanos que renuevan sus glorias con la sangre ibera y la armoniosa lengua castellana.

Y España cumple también con nosotros una obra de justicia, lava la herida abierta en su seno en épocas de fanatismo é intolerancia que ahora nos avergüenza y desearíamos borrar de los anales de nuestra gloriosa historia. *Revista Crítica* cumplió su obra de amor tendiendo la mano leal al pueblo sefardita, al noble pueblo judío, que injustamente perseguido supo guardarnos afecto de hermano y enseñar las leyes á sus hijos en el viejo romance de Castilla.

Revista Crítica es el primer periódico de España que abrió una sección para el pueblo israelita. En nuestras columnas hemos acogido sus legítimas aspiraciones. Tribuna abierta para dejarse oír de nosotros, lazo de unión y de amor que desea borrar pasadas tristezas; bandera de paz y fraternidad. Eso hemos deseado que sea *Revista Crítica*.

El éxito nos ha ayudado. Las cartas cariñosas de americanos é israelitas; la colaboración é interés de intelectuales de todos los países de Europa; la creación de la «Sociedad de Alianza Hispano-Israelita»; todo ha venido á satisfacer nuestras ansias.

1909 traerá la realización de las promesas. Al entrar nuestra *Revista* en su segundo año se anuncia su mayor prosperidad, encargándose de su administración una casa tan importante y acreditada como la del señor Maucci. Pronto completamente organizada, nuestra Asociación tendrá centros correspondientes en todas las colonias israelitas y la obra de iniciativa particular llenará el vacío que los gobiernos olvidan, ocupándose de la propagación de nuestro idioma y de conservar las relaciones sociales que engrandecen á nuestra patria.

Revista Crítica, en su modesta esfera, es un testimonio que dice al mundo que España no es el país del fanatismo conservado por la leyenda; que hombres y mujeres pensamos con libertad y luchamos para romper las ya limadas cadenas del obscurantismo.

Larga sería la lista si hubiera de citar aquí el nombre de

todos los compañeros que realizan esta obra. El público que nos lee los conoce y sabe apreciar el ardor entusiasta que ponen en su labor. A todos ellos se debe el triunfo y si su galantería me deja ocupar sitio de preferencia, cúpleme declarar sin caer en la hipocresía de la modestia ficticia, que mi trabajo se limita á escuchar sus consejos. No podría sin su ayuda realizar esta labor la débil mano de una mujer, por mucha que sea la fuerza que el entusiasmo pone á su pluma.

Por eso tengo una sonrisa para el año que nace; porque mi conciencia no responde á la interrogación de cómo he empleado el tiempo con la amarga frase «No has hecho nada de provecho». Un año en la ociosidad, en la monotonía, en la indiferencia es un año que no se ha vivido. Bien hayan los sinsabores de la lucha que proporcionan la satisfacción del deber cumplido. Luchar es vivir.

¡Vivamos!

COLOMBINE

DOS CONTERRANEOS

por Augusto Martínez Olmedilla

La escena en el «Parterre», á las cuatro de una tarde invernal. El sol alegre y aún calcina el pintoresco rincón del Retiro, que parece presidir, rodeado de flores, el busto de aquel ángel tutelar de la infancia que se llamó el Doctor Benavente. Varios grupos de niños corretean por entre los setos de recortado boj, subiendo y bajando las escalinatas. Algunas niñas, más formales, juegan á las visitas y á las mamás, llevando de la mano lindos bebés, á los que acarician y reprenden como á hijos de carne prematuros. Juanito y su mamá, en un banco, algo aislados del resto de la concurrencia, dialogan:

Juanito.—No me atrevo, mamá; me da reparo.

La mamá.—¡No seas tonto, hombre! Si es una cosa muy natural. ¡No lo hacías en Zaragoza cuando no encontrabas á tus amiguitos?

Juanito.—Sí; pero en Zaragoza tenía más confianza con los niños... aunque no los conociera.

La mamá.—Pues aquí son lo mismo, criatura.... Mira: aquellos de allá, juegan á los toreros: ¿no te gustaría...? Te acercas al mayorcito, que parece de tu edad, y le dices si te admiten para jugar con ellos. (Pequeña pausa, durante la cual, Juanito vacila.)

Juanito.—No me atrevo: me van á decir que no.

La mamá.—¡Pues no faltaba más! (Levantándose.) Anda, ven conmigo. Yo se lo diré.

Juanito.—(Muy contento.) Eso, eso, mamá. Mejor es que tú se lo digas.

Madre é hijo se aproximan al grupo de toreros incipientes, el mayor de los cuales, Alfredito, escasamente habrá cumplido lustro y medio. Un chiquillo de seis años, coloradote y mofletudo, procura imitar con la mayor perfección posible los resoplidos y actitudes del astado bruto, héroe de la fiesta nacional, y persigue á sus amiguitos con ensañamiento digno de mejor causa, mientras ellos le propinan audaces verónicas, temerarias navarras, y otros mil lances propios del caso. La mamá de Juanito, llevando á éste de la mano, acercóse á Alfredito, que, como individuo

de más representación, parece tentar una personalidad más definida dentro del grupo de arrapiezos. El director de lidia, al verse requerido por la dama, se quita la gorra de felpa, y con ella en la diestra, adoptando actitud de brindar un toro, escucha y responde.

La mamá.—Oye, niño: ¿quieres que mi hijo juegue con vosotros?

Alfredito.—Sí, señora; con mucho gusto. Seremos buenos amigos. Ahora estamos terminando la corrida, pero después jugaremos á los automóviles.

La mamá.—¿A los automóviles? ¿Y cómo jugais á eso?

Alfredito.—Muy sencillo: echamos á correr mucho, haciendo ¡tú, tú, tú! como si tocásemos la bocina, y damos empellones á aquellas niñas, como si las atropellásemos.

La mamá.—Eso no está bien... Las niñas se enfadarán, con razón.

Alfredito.—No, señora, porque ya nos conocen: están entre ellas mis hermanas, y las vecinas del principal. Lo más que hacen, es llamarnos brutos. Pero como lo dicen jugando, no nos importa. Además, eso es propio de hombres.

La mamá.—No, pues más vale que sigais jugando al toro, sin molestar á nadie.

Alfredito.—Por mí, no hay ningún inconveniente, pero no sé si los compañeros querrán, porque á todos nos gusta mucho el otro juego: es la moda.

La mamá.—Entonces, cuando acabeis la corrida, que se venga conmigo Juanito.

Alfredito.—Perfectamente. Hasta luego, señora.

Vuelve á sentarse la mamá en su banco, mientras Juanito y Alfredito, emparejados, marchan en pos de sus compinches, á quienes un lance de lidia ha alejado algún tanto de aquel paraje. Mientras caminan, los nuevos amigos charlan:

Alfredito.—¿Cómo te llamas?

Juanito.—Juanito: ¿y tú?

Alfredito.—Yo, Alfredito. ¿Eres de Madrid?

Juanito.—No: soy de Zaragoza.

Alfredito.—¡Caramba! Lo siento; porque me gusta que los que juegan conmigo sean paisanos.

Juanito.—(Muy colorado, sin saber qué decir.) Pues... ya ves...

Alfredito.—¿Y no habías estado aquí nunca?

Juanito.—Nunca, hasta ahora.

Alfredito.—Pues el caso es que yo creo conocerte... ¿No has ido de verano á San Sebastián?

Juanito.—Tampoco... Veraneábamos en Sallent, un pueblecito del Pirineo, donde se está muy fresco...

Alfredito.—Pues no sé entonces donde te habré visto.—
¡Caramba! No están poco lejos los amigos... Vamos hacia allá,
detrás de aquella estatua...

Juanito.—(Confidencialmente, como si tratara de sincerarse.) Verás... Aunque te he dicho que soy de Zaragoza, yo creo que no soy de Zaragoza.

Alfredito.—¡Caramba! ¿Cómo es eso?

Juanito.—Porque alguna vez, mamá me ha dicho que cuando era muy pequeñito, me habían traído de París...

Alfredito.—¡Toma! A mí también me lo han dicho.

Juanito.—(Muy alegre.) ¿De veras? Pues entonces ya somos paisanos.

Alfredito.—¡Es verdad!—Y ahora que me acuerdo... Sin duda es en París donde nos hemos visto antes de ahora... ¡Ya decía yo que te conocía mucho!

Juanito.—Claro que sí... También á mí me lo parecía.

Alfredito.—Pues mira, siendo paisanos, ya es otra cosa. (Se quita la gorra de felpa, y se la encasqueta á Juanito, entregándole el capote de percalina que lleva al brazo.) Toma. Yo le pediré el delantal á la niñera, y me servirá de capote. ¡Gracias á Dios! Ya hemos llegado. Mira, Juanito, tú eres «Bombita;» yo, «Machaquito.» Y ahora, á ver si nos lucimos en la lidia...

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

De las ESTROFAS DE DOLOR

DESILUSIÓN DE ENSUEÑOS...

por Gonzalo Molina

Desilusión de ensueños en la noche
va el alma entretejiendo en las cuartillas,
como dorada lluvia de ilusiones
que dejan sus perfumes por la vida...

Tristezas de un recuerdo que ha quedado
oculto en el dolor de una sonrisa,
añorando los besos que mis labios
robaron de la boca de una niña...

¡Como una sombra viene á mí el recuerdo
de unos amores á amargar mi vida!

Latir de corazones en el pecho
cuando soñamos con alguna cita,
donde las manos buscan otras manos
en la fiebre de amor de una caricia.

Cartas que recordáis horas felices
al pie de una enrejada celosía,
donde bebí el amor de una mirada
que tembló en el azul de una pupila...

¡Como una sombra viene á mí el recuerdo
de unos amores á amargar mi vida!

Largos paseos de un jardín florido
donde quedó mi juventud dormida,
sobre la risa de unos labios rojos
que ocultaban la sombra de una dicha.

...Y luego la ilusión de haber amado.
¡Ardientes besos de una despedida!
Lágrimas que humedecieron las ojeras
sobre la palidez de unas mejillas...

¡Como una sombra viene á mí el recuerdo
de unos amores á amargar mi vida!

¡Latir de corazones en el pecho!
 ¡Ilusiones que dejan en la vida
 el amargo recuerdo de unas horas
 donde el Llanto se mezcla con la risa!

ROSAS DE JUVENTUD

Rosas de juventud tejen el ramo
 de alegres risas en corona de oro...
 Cetro de luz en aromadas manos,
 ¡Trono de amor!

Sendas llenas de flores: ¡Primavera!
 Olor á campo: ¡Lluvias bienhechoras!
 Canto de ruiseñor: ¡Mar de azucenas!
 ¡Gratos perfumes!

Suena el cañón: ¡Honor á los guerreros!
 ¡Botín de esclavos en guerrera lid!
 Sangre de hermanos en combates fieros...
 ¡Dulce victoria!

Perfumes de leyenda dice un piano
 al roce suave de unos blancos dedos...
 ¡Lenguaje de marfil sobre el teclado!
 ¡Cruzar de besos!

Día lleno de luz: ¡Nada entristece!
 Nubes blancas en el cielo azul rosado...
 Fuego de oro en el azul poniente...
 ¡Reclinatorio!

Clara fuente que ríes en el mármol
 tu canción de cristal, sigue riendo;
 y serás alegre por los campos.
 ¡Llenos de vida!

Alegre bando de palomas blancas.
 Ruido de besos en florida fiesta...
 Jardín de amor donde suspira un alma.
 ¡Primera juventud!

Todo respira amor... Yo solo vivo
 para poder llorar; enfermo el cuerpo
 seré en la tierra un pobre peregrino,
 ¡ciego de luz!

Nada podía reír en estos labios
 que sienten sed de besos... Todo muere
 al calor de mi aliento envenenado.
 ¡En dulces sueños!

No sentiré en mis ojos, las miradas
que me hacían vivir... Las ilusiones
volarán de mi alma en deshojadas,
¡caer de lágrimas!

Y rodaré cual máquina deshecha,
por los abismos de este gran dolor,
como triste viajero que en la tierra,
¡no ha sabido vivir!

DESPUES DE AQUEL AMOR...

Después de aquel amor que fué mi vida,
desterre la ilusión de ser amado
y dejé de soñar... ¡Sombra querida
que mezclaste lo real con lo soñado!

Viví siendo feliz, porque ignoraba
lo que fingir podían unos ojos;
sentí la voz que al corazón llamaba
y fuí el esclavo de unos labios rojos...

Después mi vida la he pasado errante
siendo sombra no más del caminante
que al principio alegró sus ilusiones...

Y vivo en el desierto de mis penas
sangrando, en un jardín, todas mis venas,
dando vida á marchitos corazones...

DE LA VIDA PROVINCIANA

PROBLEMAS

por Leocadio Martín Ruiz

Al salir de misa de once, Amparito me ha sonreído. Esa sonrisa es una dulce promesa para esta noche, cuando ya no luzcan las farolas, que el buen sereno se encargará de apagar antes de las doce, cuando no pase nadie por la estrecha calleja donde dá la ventana del cuartito de Amparo.

Como otras noches, la emoción que he de experimentar al acercarme á la reja de la amada, bien vale por todas las puyas que he de sufrir durante la semana á Juanito Puerto, y á Luis Moreno, y á todos los amigos que saben cómo tengo que andar para procurarme esas entrevistas que comienzan con un beso de miedo y de alegría y terminan con otro beso, que no sé si es el del saludo ó es que he encadenado otro y otro hasta no darme cuenta de si tiemblan los labios de temor ó de deseo, de miedo ó de ambición inmensa.

Por culpa de ese contacto de labios, soy cobarde, profundamente cobarde.

Las riñas de mi padre y las lágrimas de mi madre, que á hurtadillas me dicen á lo que estoy obligado, me fuerzan á una resolución; pero cuanto más me prometo tomar un rumbo nuevo y definitivo, dedicarme á los libros, marchar del pueblo en busca de la ciudad, para volver luego con los «notables» y «sobresalientes» que tanto han de enorgullecer á mi buena vieja, más y más claudico: no tengo valor ante el ruego de la niñita morena que, amorosa y trémula, acaso avergonzada de su complicidad en el sueño que duermen mis libros y mis propósitos, me dice:—No te vayas, no te vayas; cuando llegue el otro curso...

Y pasan meses, y cada vez sirvo menos para tomar la resolución, porque voy frecuentemente á la callejuela Nueva, á la ventana de Amparito, cuando ya está cerrado el Casino y duermen todos los del pueblo, cuando el sereno se acurruca en el quicio de la casa Consistorial; y junto á la reja, entre el coloquio de un amor que crece y la calentura de deseos que me comunican los ojos de la niña morena, ojos negros que brillan potentes en la obscuridad deliciosa de esta humilde callejuela pueblerina, oyendo el ruego implorador de mi novia, vuelve á claudicar mi propósito de estudio, mi

anhelo de hacerme abogado, juez, presidente de Audiencia, Ministro de Gracia y Justicia...

Y ya sé yo en lo que voy á parar; mi padre me lo ha dicho con justísima ira: seré empleado del Ayuntamiento, ó escribiente del Juzgado, ó le llevaré las cuentas á don Matías, el rico comerciante.

Pero, no; esto no; antes me voy, aunque sea para no volver en uno, en dos, en tres años, hasta que haya ganado lo que ahora estoy perdiendo.

Anoche hubo en casa una de las riñas que hacen época en esta indecisión mía que tiene á su favor un cariño inmenso á una niña bonita, que sabe besar tibiamente, muy tibiamente, en besos largos que son como un arrullo que cuando termina no puede encender más pasión.

Y no son mis padres solamente; hasta el abuelo, el venerable abuelo, que siempre me tuvo tanto cariño y que soñó con mis discursos que harían famoso su viejo apellido, que fué respetado entre los más valientes militares, que tenía la ilusión de que yo fuera Juez, para que la rectitud guiase mis pasos, excitó la fogosidad de mi padre.

—¡Es un gandul! ¡Un gandul, sí, señor! ¡No sé á quien habrá salido! ¡Si se pareciese á su familia!...

Yo no podía más; la vergüenza me tostaba el rostro. ¡Gandul, á mí! Y mi madre intercedió.

—No tanto, hombre; no tanto—dijo, encarándose con mi padre;—las boberías de los nervios. ¡Esa Amparito dichosa!...

Quise defenderla; una oleada de caballerosidad puso en movimiento mi sangre de hidalgo romántico, pero no tuve valor para hablar ¡era tan dura la mirada de mi abuelo!...

Luego, cuando me acosté, hice el propósito de siempre: enmendarme, enmendarme, redimirme. ¡No podía consentir aquellos justos enojos que acababan llamándome gandul!

Esta noche me decidiré. ¡Y á ser abogado, juez, Presidente de Tribunal, Ministro!

Pero para que triunfe, para que no vuelva á sufrir las puyas de Juanito Puerto y Luis Moreno, ni las iras de mi familia, es preciso que no apague el sereno las farolas, que no se acuesten tan temprano los vecinos de esta tranquila villa, que Amparito no pueda besarme, que yo no pueda besar á Amparito.

Porque si no, el problema seguirá sin resolverse.

Es decir, sí se resolverá: seré empleado del Ayuntamiento, ó escribiente del juzgado, ó administrador de Consumos.

Por unos ojos que brillan, por unos labios de fuego y por unas palabras de dulce amor romántico y bueno.

A LOS PIES DESNUDOS
DE UNA MUJER

por J. Ortíz de Pinedo

¡Oh pies adorados!
Pies immaculados
hechos con la pura
gracia de la nieve,
y que á más blancura
ni el jazmín se atreve!

¡Oh pies bulliciosos,
pájaros dichosos
que saltáis traviesos;
pies encantadores
dulces como besos,
tiernos como flores!

¡Oh base divina
de una diamantina
y noble hermosura!
¡Oh encanto indecible,
de viva escultura
sostén increíble!

Pies breves y alados
y en agua bañados
igual que dos flores;
pies de Galatea
¡que tenéis rubores
de que alguien os vea!

Palomas iguales,
capullos liliales
de dos milagrosas
semillas de amor,
¡botones de rosas
para siempre en flor!

Cuando vuestra dueña
en su lecho sueña
—¡oh mi bien dormido!—
bien acurrucados
calentáis el nido,
pájaros amados.

Sois dos mariposas
que voláis dichosas
entre la locura
del baile y la orquesta,
¡entre una ventura
de amor y de fiesta!

Sois alas de un vuelo
que se abre en el suelo,
y es vuestro destino
sembrar, sin medida,
de flor el camino
cruel de la vida.

¡Oh pies adorados!
Rivales amados
de las nieves puras,
de las frescas rosas
y de las locuras
de las mariposas!

¡Oh tus pies pequeños,
que yo veo en sueños
como immaculados
copos de la nieve!
¡Oh pies adorados,
de peso tan leve!

Cual rumor de raso,
se percibe el paso
de tu pie querido,
tan quedo y silente
¡qué sólo el oído
del alma te siente!

¡Seda cariciosa,
piel de leche y rosa,
marfil encantado
y nácar luciente

de un pie fabricado
por hadas de Oriente!

¡Oh prisión bendita
en donde dormita
la casta paloma!
¡Oh el blanco chapín
donde el tallo asoma
tu pie de jazmín!

Pies breves y alados,
¡oh pies adorados
que vais por la vida
como un peregrino,
y dejáis florida
huella en el camino!

SEMBLANZAS LITERARIAS

MAUPASSANT

por Francisco González Díaz

La literatura francesa contemporánea variada y múltiple como la griega, de la que reproduce el sentido universal, la flexibilidad y la elegancia, apenas nos ofrecerá dos escritores que se parezcan completamente. Fuera las analogías de escuela ó de procedimiento, ningún escritor francés se asemeja á otro escritor francés hasta el extremo de poderse decir que son en el arte, hermanos. Primos hermanos, si acaso.

Los temperamentos literarios se diversifican al infinito en el seno de esa complejidad vastísima y desconcertadora. ¡Cuánta diferencia entre Zola y Daudet, y entre estos dos novelistas y los hermanos Goncourt, á pesar de que un conjunto de rasgos generales los aproxima! ¡Cuánta distancia entre Loti, Bourget y Maupassant, no obstante el rasgo común de la observación sutil del medio moderno! Y entre Mirbeau y Anatole France, y entre Paul Adam y Rémy de Gourmont... Nada digamos de los más jóvenes, de los recién venidos. Cada uno trae como etiqueta una nota personal, una tendencia, un matiz... subrayan en sus gallardas producciones un individualismo fuerte y valeroso.

Cabe hacer igual afirmación respecto de los poetas. Se ha dicho que Rostand tiene con Víctor Hugo artístico parentesco. Lo tendrá, no lo discuto; pero lejano. El romanticismo de Hugo reflorece en Rostand con formas nuevas, debiendo perder su nombre de origen, puesto que ya no integra la ortodoxia romántica. La nariz y el penacho de Cyrano no hallan en la obra victor-huguesa sus iguales, ni siquiera en la amplificación extravagante de «El hombre que ríe».

Ninguna literatura moderna puede parangonarse con la francesa en el carácter de variedad matizada y rica. La rusa es demasiado esclava, la inglesa demasiado británica. Sólo la francesa es humana y cosmopolita, sin dejar de ser castizamente gala, heredera del genio del padre Rabelais.

*

En Maupassant se admira ante todo «un temperamento». De este temperamento anormal, complicado, tenebroso, ema-

na la originalidad avasalladora del autor de «Bel ami». No ha habido en nuestros tiempos escritor que reflejara con más enérgica exactitud la duda ambiente, el pesimismo circundante, la vaguedad, la indecisión y el ansia loca que atormentan á nuestras jóvenes generaciones. Torturado y calenturiento de este exceso de última congoja, practicó en sí mismo el análisis del hombre contemporáneo, víctima de curiosidades malsanas, desequilibrado y morbosos. Por eso su literatura ferozmente sincera, reviste el atractivo de las impresiones vívidas y palpitantes que no necesitan, para interesar al que lee, artísticos afeites ni alamares de estilo.

El estilo de Maupassant, sobrio, tenso, lanza una constante vibración. Lo que así vibra, con intensidad que hace daño, es el alma del que escribe; Maupassant se ausculta, anatomiza y disecciona en sus obras. Desde «Boule de suif» hasta «Le Horla», donde se sigue con pavor el proceso de su demencia, Maupassant entero se nos ofrece, sensación tras sensación, fibra tras fibra. Las dudas le asediaban como asediaban las nubes á las cumbres, y por entre ellas ya se veía vacilar la razón, próxima á ocultarse. Crujía la potente máquina de aquel cerebro, más tarde desmontada y rota por la locura. El pobre bebedor de éter derivaba hacia trágicos escollos solicitado de las furias del naufragio con voces de sirenas.

Negativa y desconsoladora, su obra es, empero, muy grande. Hay en ella verdad, pasión, auto-sugestión elocuente, subjetivismo doloroso; encontramos en el autor la sal amarga, corrosiva, de nuestras propias lágrimas... Y amándole mucho, porque fué sin ventura, le tememos y le huímos.

Omnipotencia de un temperamento... eso, principalmente, se descubre en Maupassant, que se limitó á pedir al arte los auxilios necesarios para hacer interesante el relato lamentoso de la cuita humana.

Como cuentista, en particular, no habrá quien le niegue el primer puesto entre los primeros cultivadores de ese género eminentemente francés. Talló y buriló el cuento con el artístico esmero de un Cellini de las letras en bloques macizos de una lengua apta cual ninguna para los trabajos menudos de orfebrería literaria....

Si todo lo que escribió pereciera, las páginas del «Horla» le sobrevivirían, porque en esas páginas, agitadas por un viento de locura, está su imagen y su tormento, porque gira en ese libro la tempestad que trae hasta nosotros ráfagas de cólera y se oyen los gemidos de muchos náufragos....



¡LA VIDA ES UNA CANCIÓN!

por Eduardo de Ory

La vida es una canción
que solo tiene dos tiempos:
cada amante es una estrofa
y tú siempre al ritornelo,

(De la opereta "Mussetta")

¿Has escuchado al cantar,
Amada?... ¡Ven á gozar,
Y olvido tu decepción!
¿Has escuchado al cantar?
¡La vida es una canción!

Riamos, pues, que reir
Es olvidar el sufrir
Que con la tristeza viene.
La risa todo lo olvida...
¡Y es una canción la vida
Que sólo dos tiempos tiene!

¿Y por qué hemos de llorar
Nuestras desdichas, Amada,
Si el mundo se ha de mofar
De nuestra pena llorada?
Y aunque no importa esa mofa
Hay siempre que recordar
Que de ese hermoso cantar
Cada amante es una estrofa.

Olvida, pues Corazón,
Todo pasado desvelo;
Y cantemos Mi Ilusión,
¡Que es la vida una canción
Y tú siempre el ritornelo!

SORDINA

por Olano Bilac

*En el aire una esquila canta,
temblona, en el aire sombrío...
Pálida, Venus se levanta...
¡Qué frío!*

*Canta una esquila. El campanario
surge entre la niebla, distante...
Esquilón viejo y solitario:
¿qué dices con tu voz orante?
¡Qué frío! Yertas las colinas
se embozan; corre y llora el río;
se cubre el cielo de neblinas...
¡Qué frío!*

*Nadie... el camino amplio y silente
se aduerme, sin un caminante...
La esquila canta dulcemente...
¿Qué dice con su voz orante?
¿Qué miedo pánico me oprime
el corazón triste y vacío?
Alma sola ¿qué esperas, dime?
¡Que frío!*

*¡Tanto amé y he sufrido tanto!
Ojos míos, ¿por qué cubiertos
de llanto estáis, al suave canto
que dobla y llora por los muertos?
¡Murió el día! Cubrid el suelo,
tinieblas. ¡Muere, sueño mío!
La muerte es el postrer consuelo.
¡Qué frío!*

*¡Pobres amores, que aniquila
la suerte, y dispérsanse inciertos!...*

*Mi corazón, como una esquila,
doblando está y os llora muertos.
¡Con qué dolor la esquila canta
en el aire quedo y sombrío!
Pálida, Venus se levanta...
¡Qué frío!*

(Alma inquieta)

Traducción de E. Díez Canedo

MOMENTO MUSICAL

por Andrés González Blanco

*Este aire triste y suave del piano
me ha impregnado tanto de lánguida emoción,
haciéndome evocar aquel verano
en que te amé; y aquella población...*

*Aquella población episcopal
en que por mi desgracia fui á vivir;
y donde me hice tan sentimental
á fuerza de llorar y de sufrir.*

*Tu talle esbelto de muchacha impúber
he recordado y tus graciosos rizos...
Este **Momento Musical** de Schubert
á mi memoria trae tus hechizos...*

*Tus ojos negros de mirar ardiente,
tus dientes blancos, tu cintura fina,
de cubana adorable é indolente,
y la tu voz tan suave y cantarina...*

*Sobre todo, tu voz, tu fina voz,
que me aparece oír en el piano,
me impregna de una pesadumbre atroz,
haciéndome evocar aquel verano...*

*Escuchando esta pieza ha vnelto á mí
toda la antigua é inmortal pasión...
Aquel paseo en que te conocí,
aquella noche de iluminación...*

*Y la misera banda provincial
que interpretaba mi desilusión,
la pesadumbre de mi amor fatal
y la perpetuidad de mi pasión...*

*Esta pieza doliente que hoy oí
me recuerda lo mucho que te amé
y lo infinito que sufrí por tí
y lo infinito que por tí lloré...*

REVISTA DEL MES

MADRID: ELOGIO DEL MES

DEL PARAGUAS

por Emiliano Ramirez Angel

Enero es un mes largo, displicente y dolorido que nace bajo un paraguas.

¡Ah, el pregón plebeyo, en plena Puerta del Sol, cuando la lluvia hila su inacabable vellón gris! «¡A ocho reales, de seda, á ocho reales!...»—y luego resulta,—¡oh, incómodo é imprescindible paraguas!—que no eres de seda, ni siempre cuestas ocho reales, ni apenas eres paraguas!...

Por que suscitas una fiesta mágica de luces, de brillos, de refulgencias, de irisaciones, á ti, paraguas sin canción, quiero dedicarte una toda emocionada, toda optimista. ¿Qué importa que estéticamente no la merezcas, si eres un dulce pretexto, un compañero amable, «un pabellón portátil»—como ha dicho el señor Rodríguez Navas en su diccionario—para guardarse de la lluvia...?»

Gracias á tu intervención, podemos oír á lo largo de vuestras paseatas sin rumbo, cómo tamborilea el agua con un letargoso rumorcillo de desgarró sobre tu tela de lana, y en la ténue sombra que de tu copa cae, vemos—si el aguacero cede,—cómo una gentil muchacha se recoge las faldas,—ó si el aguacero arrecia,—cómo se acerca el amado tranvía dónde vamos á refugiarnos.

Paraguas sin valor ¡qué valimiento te concedemos! Cuando Enero llora sobre los tejados de Madrid tozudamente, nos has ofrecido delicias imponderables.

¿Quién no te debe, paraguas, un rato de palique rápido y pintoresco, con una muchacha que iba por la calle sin paraguas? Nos favoreciste con una tercería digna de todos los elogios. Por ti nos sentimos cerca de un cuerpo gentil, de

unos ojos llenos de malicia, de una charla tentadora, que encendieron en el altar de nuestro fastidio todas las luminarias del misterio.

Paraguas, eres indiferente y resignado como los relojes, como los caminos, como los espejos, como los andenes. Bajo tu copa, desfila todo. ¡Cuántos novios han soñado en Enero, cerca del chaparrón que tu evitabas, y cuántos casados se han aburrido también!... Y para sueños y cansancios tuviste siempre la misma canción adormecedora y sedante: la canción de Enero, del mes que llueve para todos los años y todos los paraguas...

En manos hombrunas eres un objeto poco gallardo; subes y bajas, te apartas, avanzas, retrocedes con relativa gracia; pero en manos de mujer eres un complemento sabroso, esbelto, principio y fin de toda feminidad, templo del piropeo, cúpula de todo fastidio, dosel de toda meditación, copa luciente que pasa rápida á lo largo de una acera cuando los canalones vierten sus últimas gotas y en la coraza cenicienta del cielo, el sol de año nuevo abre una grieta de oro!...

Hay un hondo misterio, en ti, ¡oh paraguas de seda ó de lanilla!... Cuando te dejamos en el perchero de casa, y salimos á la calle, rompes de improviso á llover; cuando te llevamos ceñido por la cintura, en una «posse» que procuramos parezca de buen tono, apercebidos al aguacero más tenaz, parece que asustas á las nubes, y ¡oh fatalidad! no llueve. Eres también indicio de psicología elemental, cuando te olvidan en el café, en la peluquería, en el teatro. «Dime cuántos paraguas pierdes en Enero, y te diré quién eres.»

Tienes veinte mil formas y veinte mil puños. Expuesto en los escaparates, dices cuántas fantasías has torturado. Para ti el acero, el oro, la plata, la madera, el hueso, el cristal; eres rojo y te luce un filósofo pequeño; eres rechoncho y negro y te lleva un sacerdote; eres fino, ligero, y te lleva una mujer; eres enorme y te lleva un cochero; eres resistente, barato y bonito y me decido á comprarte yo.

También tú, paraguas, conoces las clases.

Por eso he pensado alguna vez, recordando cierta famosa historia, que el hombre feliz no solamente era el que no tenía camisa, sino el que no compró nunca un paraguas...

Llueve.

Llueve ahora. Acabo de venir de la calle, de estas calles cortesanías, donde tus hermanos ambulan lustrosos y solemnes. ¿Sabes, paraguas, que das á Madrid un aspecto de ciudad enorme, populosa y atrayente?... Yo creo ahora que esos muchachos que sueñan con Madrid le imaginan

así, lloviendo, con todas las luces del atardecido encendidas, con todos los paraguas abiertos...

Una neblina gris lo esfuma todo: edificios, gentes, lejanías. Todo brilla, todo parece nuevo, pulcro; debajo de ti, paraguas, se añora el sol; se piensa en el amigo que no viene; en el consonante rebelde que no llega; en la novia que nos aguarda, en la que puede brotar, en la que se marchó, para no volver, refugiada en ese otro paraguas, gris y triste del olvido...

Oh, tú, techo de toda memoria, cúpula de toda oración invernal, novio fiel de la lluvia, no me guardes rencor por este humilde elogio, por esta inofensiva canción, compuesta en mi casa, una tarde de Enero!... Yo te quiero, no tanto por que eres hermoso, cuanto porque resultas imprescindible. Ya sé que peco, y mortalmente, porque habiendo tantas cosas graves de que hablar en esta vida, hablo de ti, modesto paraguas.

Perdona esta divagación, pensada con emocionada gratitud en la calle, mientras tú ¡oh, todo bondad! impedías que la lluvia estropease mi único sombrero. Pero mirando tu tela oscura, he soñado con los días claros, con las horas dulces de Abril, cuando el cielo de primavera abra sobre mis ojos atónitos su gloriosa sombrilla azul...

LETRAS ESPAÑOLAS

CUENTOS DE COLOMBINE

por Andrés González Blanco

Aunque ya muchos y muy distinguidos críticos han hablado laudatoriamente de la obra última de tan gentil autora, quiero meter mi cuarto á espadas y decir algo de lo que me han sugerido estos cuentos. Sigo en esto la noble tendencia tan popularizada en los tiempos modernos de decir cada uno la última palabra sobre todas las cosas. De donde resulta que los últimos serán los primeros... y que este es el cuento de nunca acabar... También me inclino con esto á las aficiones de los cronistas ultramodernos los cuales piensan que el mundo va á dar fin si ellos no emiten su opinión sobre todo lo que se realiza y se piensa en el planeta que tenemos el disgusto de habitar.

Por mi parte, yo creo firmemente que doña Carmen de Burgos prescindiría muy bien de mi opinión; pero me veo obligado á darla en conciencia crítica. Los críticos somos como los teólogos de la Penitenciaría: que extendemos nuestro certificado de mala ó buena doctrina sin que se nos pida y concedemos patente de limpieza ó de infección para un libro sin anuencia del autor. No puede hacerse caso omiso de un libro que merece atraer la atención crítica como «Cuentos de Colombine»; y aunque vaya un poco retrasada mi reseña bibliográfica, yo me atengo al clásico latino: «sat citò, si sat benè» (bastante pronto, si bastante bien.)

«Hay en un filósofo,»—decía Federico Nietzsche (el loco divino á quien crucificaron, como á Cristo, aunque con muerte de cruz moral, que es más dolorosa, los esbirros de burgueses y filisteos que tanto odiaba)—«lo que no hay en una filosofía; quiero decir, la causa de muchas filosofías.» Yo le parafraseo y digo: hay en un literato lo que no hay en una labor literaria; la causa de muchas literaturas. Esta frase puede ser el fundamento de la crítica moderna. Hay que estudiar al hombre casi tanto, por no decir más, que la

obra. Lo que deben interesarnos son las personalidades; pues á través de los libros solo debemos ver á los individuos; y ¡ay del libro que no es espejo del hombre!... Todo libro debe ser consustancial con el espíritu del autor, carne de su carne y sangre de su sangre; debe ser dado á luz con dolor, como un hijo mortal. «Mi obra es mi persona viva encarcelada», decía una vez Mauricio Barrés. ¡Desdichado el autor que nunca pueda decir otro tanto!... Así pasará á la posteridad como yo soy ahora obispo «in partibus infidelium.»

Carmen de Burgos se vierte en sus libros; se ofrece en ellos toda palpitante, con sus odios, con sus amores, con sus arranques genuinamente femeninos. Porque la gentil «Colombine» es de las que han permanecido mujer á través de su literatura. Ella lo dice con orgullo; y es verdad. Mujer y española; que es como ser doblemente mujer. Las feministas «enragées», las «superhembras» y marimachos, recién salidas (pero no frescas generalmente) de las aulas de cualquier Sorbona más á menos ridícula tienen poco que partir con ella. Es más; las execra. Dudo que se afiliase de buen grado á las «sufraguitas» inglesas de nuevo cuño. «El día en que el legislador conceda á mi mujer el derecho de votar,—decía Proudhon, que no era ningún reaccionario, pienso yo,—será el día de mi divorcio.» Igual decimos muchos hombres dotados de discernimiento, Dios sea loado; y creo que Carmen de Burgos nos daría la razón.

Alfonso Karr dividía á los hombres que hablan mal de las mujeres en tres clases: 1.^a los que no las aman; 2.^a los que las aman demasiado; 3.^a los que no han sido amados de ellas. Yo pretendo que soy de la segunda categoría: que «las amo demasiado», y (con rubor lo digo) de la tercera me toca un poco, porque he sido bastante amado de ellas, de algunas de ellas. Y á pesar de amarlas mucho, no hablo mal de ellas más que á ratos, cuando me hacen daño; y aún entonces llevo por delante que la cosa más encantadora del mundo son esas cabecitas rubias ó morenas que asoman á nuestra vida por primera vez á los quince años...

Por eso yo no hablo jamás mal á sabiendas de ninguna mujer, á no ser cuando ésta me ha herido; y más de una mujer que, como Carmen de Burgos, aparte de ser muy mujer, es buena escritora. Y esto (pásmense los nietzschianos) no le perjudica para ser mujer. El autor de «Más allá del bien y del mal» se quedó tan orondo cuando dijo en uno de sus «Aforismos é Interludios» que la fecundidad intelectual en la mujer era signo de esterilidad sexual ó de aproximación al temperamento viril. Respóndale por mí Carmen de Burgos...

El primer cuento de la colección es una elegía casi á medio esbozar y bien emocionante, por cierto: «La muerte del recuerdo.» No tiene apenas incidentes novelescos, y en ese sentido no es el cuento ideal, «maupassantiano», porque no condensa en pocas líneas una fábula complicada; pero Carmen de Burgos revela en él su visión de artista, bordando estas bellas fantasías sobre motivos de la nieve: «Allí lucía con toda su hermosura la nieve. Grupos de chiquillos y mozalbetes corrían sobre ella, ensuciando con los pies su transparencia, contentos y satisfechos los pulmones de respirar aquel aire puro y sereno, cuya ligereza centuplicaba la actividad. Perseguíanse unos á otros arrojándose puñados de nieve, que se deshacía en espuma blanca; rodaban algunos esas enormes bolas, consagradas como imagen de la murmuración y de la calumnia, porque según corren engruesan y se enlodan. Varios artistas improvisados se entretenían en modelar con aquél mármol blando estatuas y caricaturas, con tanto esmero, como si algunas horas más tarde su obra no hubiera de convertirse en agua sucia. Se respiraba la poesía de la blancura de la nieve, inestable, en lo fantástico, lo ideal de su vida corta... símbolo de lo irrealizable, de lo soñado, de todas las ilusiones que no pueden detenerse.» «Cuentos de Colombine,» (páginas, 12 y 13.)

«Por las ánimas» es un cuento algo forzado, demasiado efectista, si he de decir mi opinión sincera. El cuento me parece una joya falsa artísticamente engarzada. Sobre la débil base de una tonta conseja anticlerical, «Colombine» ha construído una bella fábula. Hay en él una gran agudeza psicológica. Bastará leer unos párrafos que acusan perspicacia en la autora y que hacen pensar si tendrá Carmen de Burgos la virtud del adivino Teresías... pero al revés: de encarnar en las almas masculinas.—He aquí una muestra (notad que está hablando un hombre, el sujeto que hace el relato:) «He de decírtelo todo. Los hombres estamos hechos del peor barro, del lodo más impuro... A pesar de mi amor á Amparo... yo tenía una amante... El sagrado de mis afectos, de mi consideración, de mi aprecio, eran para el hogar, para la esposa... las locuras de la fantasía iban á satisfacerse al lado de la otra, aristócrata, elegante, espiritual. El secreto, la posición social de Matildita (permíteme que oculte su verdadero nombre), su belleza, todo era un encanto para mí. Sentía placer al verla en el mundo rodeada de admiradores, respetada, con pretendientes á su mano; te confesaré que es soltera, hija de un general... No me creía culpable por

tener estos amores; era un rato empleado agradablemente, que en nada perjudicaba á mi esposa... Al contrario, redoblaba mis atenciones para con ella. La infidelidad del marido es siempre provechosa para la mujer, con tal de que ella no lo sepa. El remordimiento de traicionarla nos hace más tiernos, más amantes; la comparación ó el recuerdo encienden la pasión, y luego, amigo mío, la mujer propia, protegida por las leyes y las costumbres, tiene en su favor el elemento principal para dominarnos, el invencible: el hábito. Hasta los más rebeldes caen en la celada final que la costumbre establece en el matrimonio. Se reposa en la casa de las borrascas pasadas; la mujer que nos brinda amor, oírece paz, ¡y somos tan egoístas!... ¡El egoísmo es la fuente de las virtudes de la humanidad!»

«Madre por hija» es un bello episodio de psicología femenina, encendido en llamaradas de sensualidad, de una sensualidad casi mística, como es la de todos los autores modernos. Cármen de Burgos ha dado con una insuperable exactitud la nota del erotismo rústico, un poco tosco pero muy fuerte y vital. Algunos episodios de este cuento no han sido aventajados por los mejores novelistas bucólicos modernos. Gracia Deledda, la genial novelista italiana, tendría solamente páginas mejores. Olor de heno y luz de luna sobre un molino...

«Alma de artista» es un idilio con dejos de elegía. Carmen de Burgos, amargada por las injusticias de una sociedad caduca, diseña admirablemente un grupo de almas humanas. Están plasmadas en breves trazos las figuras de las murmuradoras. Para desvanecer la impresión doliente y hasta asqueante que graba en el lector este cuento, pone al final la artista una pincelada suave, entre sentimental y descriptiva. «El vapor corría, la costa se borraba; se unían agua y cielo en la obscuridad de la noche... Selma, rígida como la estatua de Niobe, tendido al aire el velo y los rizos de sus cabellos, que le azotaban la espalda, la nuca y el rostro, agitó un pañuelo blanco en la oscuridad... Decía «adiós» á una sombra querida; se despedía para siempre de sus sueños... de sus alegrías... de sus esperanzas... Ningún saludo contestó al suyo: la brisa de tierra traía el eco de los ladridos de los perros de la vega y del tañer de las campanas en los templos católicos... El vapor seguía apartándose de allí, para internarse en las puras regiones del aire y de las aguas... donde no moran los hombres.» «Cuentos de Colombine» (pág. 63 y 64.)

A través de este libro se adivinan, no solo los ensueños artísticos, sino hasta las ideas políticas, morales y religiosas de la obra. No cumple «Colombine» aquel precepto dado

por Flaubert á los novelistas. «El autor debe estar ausente de su obra.» La autora se transparenta toda: tal como es, con sus odios y sus ansias. Así en el cuento titulado «El viejo ídolo» exalta el helenismo; y aunque esta afección al cargante y apestoso culto de las estatuas esté reñida con mis convicciones particulares, quiero transcribir la bella página: «Pensaba Swift en los dioses que no han muerto, en los que serán eternos: las Venus, los Apolos, los Hércules de mármol encerrados en las salas de los museos, sin culto ni altares, pero admirados siempre por la belleza de sus formas. Eran hijos de una religión que no anonadaba el espíritu con misterios incomprensibles; de una religión humana, que alzó sobre los altares la hermosura y la fuerza. Casi todas las estatuas célebres habían sido guardadas con amor en las entrañas de la tierra. Recordaba á la divina Afrodita, admirada por él tantas veces en el Museo del Louvre, en el fondo de su gabinete rojo, triunfadora, espléndida é inmortal incitando á la vida y al amor con la sana belleza de su cuerpo hermoso. Aquella diosa había dormido siglos en la pequeña isla de Milos, para volver á alzarse como soberana de la hermosura, ante la admiración del mundo, vencedora de todo lo sobrenatural y misterioso. (1).»

«¡Ay del solo!» es una elegía en prosa que tiene por epígrafe un texto del «Eclesiastés». Es una historia doliente de pájaros que parecen hombres y de hombres que parecen pájaros... «La incomprensible» es una historia psicológica con este mórbido psicologismo de las últimas novelas francesas. Es el alma de una mujer coqueta, ardiente, huraña, cansada, todo á momentos; incomprensible al fin. «De espíritu soñador y romántico; desengañada muy prematuramente de la pequeñez de las cosas; despreciadora de todo, quizás por todo se le ofrecía con exceso; asqueada de la jauría de hombres que seguían sus pasos como perros ansiosos de carne, el pintor fuerte, genial, grande y poderoso, apareció ante ella como descendiente de una raza de dioses, y su espíritu se le dió sin lucha, se le entregó como al esperado, al presentido durante muchos años en sus sueños de soledad, en sus ansias de ideal, en sus anhelos de lo infinito.» «Cuentos de Colombine», (pág. 83 y 84). El cuento tiene un final extraño, que trasluce un alma complicada. Alfredo el pintor genial y proclamado por la fama, dice, después de contar á su amante Isabel la aventura con otra mujer: «—¡Qué importa!—También te amo á tí. Eres hermosa, te deseo... Si fuera turco podría amar á varias mujeres sin que se preocuparan unas de otras, y créeme: puede amarse á varias á un tiempo; la Na-

(1) Cuentos de Colombine, 70 y 71.



turalaleza nos da ejemplos. ¿No has visto á los rosales repartir por igual su savia en todas las rosas. Sólo al sér humano, el más imperfecto de todos, se le ocurre exigir fidelidad. Un pliegue de amargura contrajo los labios de Isabel. No era así como ella deseaba sér amada. A punto estuvo de maldecir una belleza que sólo sabía despertar el deseo en vez del cariño. ¡Qué feliz debe ser una fea cuando se siente amada! —Ven—seguida suplicando Alfredo,—ven; tú no eres un espíritu vulgar... Lo rechazó con dulzura.—Te equivocas; soy romántica, tengo ñoñeces y prejuicios; mi cerebro vive en la mayor amplitud de ideas, puedes decir hasta en la discreción... Mi sentimiento es atávico, me sujeta, me encadena... No puedo obrar contra él.—¡Cristiana! ¡Burguesa!—apostrofó el pintor.—No serás jamás artista ni conocerás la felicidad. Tienes un espíritu de esclava.» ¿Será un exceso de indiscreción apuntar que estas declaraciones pudieran ser confidencias íntimas de la autora? Porque Carmen de Burgos no es sola la batalladora polemista y la gentil cronista de feminidades que combate por los fueros de la Democracia y del Liberalismo. Es también la delicada artista que revela su interior bajo el disfraz del impersonalismo novelesco.

«Triunfante» es la historia de un amor provinciano. En ella resplandecen estas dos cualidades que «Colombine» valúa y manifiesta en todas sus obras: la finura femenina de percepción artística unida á la gallardía del luchador. En la descripción de Toledo se advierte el predominio de la última cualidad sobre la primera; la mujer que ve los aspectos emocionales y poéticos de un rincón provinciano no quita el puesto á la periodista demócrata que pelea en las avanzadas del anticlericalismo contra los atávicos obstáculos que interceptan la vida española.

Leed esta página: «Aquella nube de pájaros tenía mucho de fatídico, en medio de la sombra plomiza del crepúsculo, del silencio triste de la vieja ciudad y del panorama desnudo de la vega dormida á la márgen del anémico río. Poco á poco las sombras se dejaron caer sobre la tierra, se ocultaron los pájaros en las torres de las iglesias y en los agujeros de los muros viejos. Sonido de campanas que doblaban á muerto, recordando á los que fueron con su toque de ánimas, se extendió por toda la ciudad. Al gemido de unas torres contestaron otras, y en aquella evocación de los espíritus, triste como cristiana, la vieja población lloró su pasado esplendor árabe y visigodo. Se habían ido retirando los escasos paseantes de la vega y el Miradero, triste paseo polvoriento, especie de patio de la ciudad, donde se cruzaban las gentes con caras de aburridas. Allí se encontraban todas las tardes los mismos paseantes: tal ó cual profesor ó jefe de

la Academia; algún marido morigerado que daba á la misma hora el paseo higiénico con su costilla colgada al brazo y las nodrizas y niñeras delante; jovencitas melancólicas sin saber moverse dentro de los vestidos de calle; muchachos que jugaban enredándose entre las piernas de los transeúntes y multitud de curas y canónigos grasientos con sus faldas y sus sombreros de teja, parecidos á gigantescos murciélagos escapados también de los agujeros de viejas iglesias, que iban á extender sus alas falídicas como siniestras aves de rapiña en las encrucijadas de la triste ciudad (1).»

Carmen de Burgos es un espíritu inquieto y complicado; baste leer sus dos cuentos «Historia de Carnaval» y «El último deseo». No es un alma ruda de luchadora; es un espíritu fino de mujer que no escribe en renglones cortos, recordando quizás que es aplicable al idioma español lo que ha dicho Rivarol del idioma francés: «no se dice nada en verso que no se pueda expresar muchas veces en nuestra prosa y no siempre á la recíproca... Nuestra prosa se enriquece de todos los tesoros de la expresión. Siendo común á todos los hombres tiene más jueces que la versificación y su dificultad se oculta bajo una extrema facilidad.» («Discurso sobre la universalidad de la lengua francesa,» premiado por la Academia de Berlín). Y aunque la prosa de Colombine no sea preciosista ni alquitarada, porque no es de las que profesan el culto d'annunziano ó valleinclanescos á la palabra redonda y rica, todavía pueden leerse con deleitación por los amantes de la prosa artística páginas como algunas de sus cuentos. Tal la que sigue: «Soplaba con violencia el viento, negros nubarrones parecían islas perdidas en un mar tempestuoso que azotaba sus costas... La luna se había hundido en profundidades de sombra, y las estrellas, titilantes, parecían faros de puertos remotos ó de ciudades fantásticas... formadas tal vez por los deseos insaciados de todos los que sacrificaron sus juventudes en aras de la ambición, de todos los que no vivieron (1).»

«Como flor de almendro» es un relato sugestivo de los amores de una monjita. Carmen de Burgos, como buena artista, se olvida por un instante de que es anticlerical y no se ensaña con la religiosa, sino que descubre su interior simplemente. El final tiene un dejo cautivante, que revela una vez más la delicadeza femenina de «Colombine» «El amor más grande es aquel de que solo tenemos el presentimiento; el que nos produce la misma dulce y vaga ilusión que deben sentir los viajeros que navegan siguiendo la corriente

(1) Obra citada, 100 y 101.

(2) Obra citada, pag. 158 y 159.

de los ríos sagrados... cuando la brisa de la noche trae hasta ellos el aroma de las flores que crecen en sus riberas... De las flores invisibles... de los jardines que no descubriremos jamás... El amor es tan bello y tan frágil como la flor del almendro... Si se toca con los dedos se marchita y se muere (1).»

«Aroma de pecado» es quizás el más poderoso cuento de la colección, el que revela más facultades de noveladora realista. Es la historia de una mujer mundana, frívola y superficial, que juega con el corazón sano y puro de un adolescente. Es una historia dolorosa que llega hasta el alma. «En pos del ensueño» deja una amarga estela de ironía. Es una historia vulgar, pero emocionante. Un escritor madrileño se siente dolorido al ver frustrarse sus ilusiones de amor ante una mujer que le admira y le quiere sensualmente, pero que tiene una figura ridícula, grotesca, provinciana. «El tesoro» es una geórgica andaluza en que se exaltan las glorias del divino amor que une los cuerpos y enlaza las almas, aunque solo sea momentáneamente. «En la sima» es una historia trágica de mineros mezclada con una historia frívola de gentes del gran mundo...

En una carta al editor Sempere puesta al frente de su libro «La Cocina moderna», Carmen de Burgos dice con su gentil desenfado, un poco irónico, aún á costa suya: «Mi estimado amigo: Sorpresa grandísima me ha producido su última carta, y no porque en su demanda de escribir un libro de cocina realiza nada de extraordinario la que, trabajando como obrera hace de la pluma aguja para ganar el sustento. Fuera genio al uso y mi sorpresa llegaría al enojo, capaz de romper la antigua y leal amistad, asombro de autores que no conocen editor tan rumboso y campechano: mi sorpresa ha sido de otro orden; me ha obligado á exclamar:—¡Diablo de Sempere! ¿Cómo ha adivinado que guiso mejor que escribo? Porque yo, querido amigo, creo y practico que la mujer puede ser periodista, autor y hasta artista, sin olvidar por esto los pequeños detalles del hogar para su acertada dirección, guarda de la salud, la paz y sosiego de la familia. ¿Por qué negarlo? Largos siglos de herencia marcaron en nosotros sus huellas, y nuestra naturaleza nos inclina á ocupaciones caseras, del mismo modo que á buscar las alhajas y los encajes. Le confieso á usted en secreto que á veces dejo la pluma porque siento la «nostalgia» de la cocina. Y de aquí que sin ser gastronoma, pues considero la comida diaria la más enojosa de las ocupaciones, haya aprendido á componer platos nacionales y extranjeros capaces de hacer que se chu-

(1) Obra citada, 170.

pen los dedos los que los saboreen. Le aseguro á usted que á veces, viendo el gusto y apetito con que los rebaña mi familia, he sentido el mismo asomo de vanidad que experimento cuando alguna persona que no los ha leído me elogia mis artículos.»

Carmen de Burgos es, pues, mujer ante todo; y sin embargo, en esta rápida ojeada á su libro,—siguiendo la norma dada por la señora Pardo Bazán á mi hermano Pedro,—yo me permití tratarla, como un hombre, de igual á igual...

Como si juzgase á un compañero, aprecio sus excelentes cualidades de artista, que le auguran triunfos ilimitados para el día en que se decida á cultivar la novela. Tiene «Colombine» una gran intensidad de visión realista, un buen manejo del diálogo y una gran habilidad para manejar los personajes y graduar los efectos dramáticos. Si cuida con más atildamiento su estilo, si llega á lograr una prosa más enojada y fastuosa (aunque actualmente escribe en un estilo matizado y flexible), podrá ser la gentil «Colombine» (y conste que hablo sin galantería) una vibrante y fuerte novelista, de la cual esperamos obras macizas y duraderas.

SOFÍA CASANOVA:—«MÁS QUE AMOR.»—MADRID, 1909.

«La crítica no ha de ser—escribía Bartrina—el microscopio que aplicado al rostro de una hermosa nos mostraría su grosera epidermis. Ha de ser el telescopio que nos hace vislumbrar mundos de luz allí donde los ojos del vulgo solo ven tinieblas.» Nunca mejor ocasión para invocar este testimonio que al tratar de una dama. Podría denominarse á esto la crítica galante; que no me parece del todo digna de ser menospreciada. La crítica ha de ser también amable con las damas, no para ocultar sus defectos, sino para no detallar los menudos relieves desagradables. Aunque bien podría oponerse á esto que la literatura no admite distinciones de sexo; pues «el alma no tiene sexo», según solía repetir Mirabeau, recordando á Platón. Yo creo firmemente que no lo tiene; espiritualmente, hombres y mujeres somos idénticos. Todas esas paparruchas de antiguo régimen caen por tierra cuando se estudia serena y fríamente el problema. ¿Dónde queda lo de la mujer toda ternura cuando se recuerda que precisamente las escritoras más distinguidas del sexo bello han sido escritoras de serenidad y de frialdad, con exclusión de todo lirismo? Mucho se ha hablado de la ausencia de elemento sensiblero en las novelas de nuestra doña Emilia



Pardo Bazán (1). Y aunque pudiera dársenos en cara con este argumento sosteniendo que estos son casos excepcionales y «al margen del sexo», como lo fueron Juana de Arco, María Pita, la Monja Alférez, Agustina de Aragón y las Amazonas; y que, éstas por el adiestramiento, en los ejercicios físicos y viriles, así como las escritoras por el desgaste de fuerzas cerebrales, «se masculizaron» y se asimilaron al sexo opuesto; á eso yo les contestaría con otro argumento más irrefutable. ¿Cómo pueden hablar de sensibilidad las mujeres si no han tenido todavía entre las poetisas de su sexo más que á Safo y á Santa Teresa de Jesús? ¿Desmerecen de estos dos ejemplares de sensibilidad poética otros muchos que se podrían citar del sexo viril? ¿Hubo mujer en el mundo de sensibilidad más aguda, de hiperestesia más subida que Enrique Heine y Gustavo Adolfo Becquer; bien viriles ambos?

Por lo tanto, yo tengo la firme convicción de que la mujer es exactamente análoga al hombre en el plano espiritual. Sólo diferimos en cuanto á la educación y á los hábitos. Más estos mismos hábitos, esta organización fisiológica y aún la misma educación influyen de un modo preponderante en la formación del «yo» espiritual; y acaso lo completan y contribuyen á engrosar la corriente del río psíquico. No es, pues, extraño que en sus manifestaciones, el yo espiritual de las mujeres se muestre muy distinto del yo espiritual de los hombres. De aquí la afición de aquellas á las bellas artes con preferencia á las ciencias (aunque en contrario pueden citarse los casos de la Reina Catalina de Rusia oyendo explicar, matemáticas á Descartes y á Sofía Carlota escuchando á John Toland, y recientemente, de Mad. Curie ayudando á su esposo en los experimentos de laboratorio;) por considerar las artes como más afines á su preponderante psíquico, que es la sensibilidad, la «esthèsia, órgano del arte.

Ahora recuerdo que un convencido feminista ha soñado con que algún día se deslinden los campos y se conceda á las mujeres el dominio exclusivo de las bellas artes, mientras los hombres quedan confinados en el terreno de la especulación científica. No auguro que sea jamás un hecho esta disociación radical; más ya hay síntomas que la dejan presentir de un modo indubitable... Por ejemplo, el número cada vez más creciente de escritoras en los países donde la cultura ha llegado á su floración armoniosa y á su punto culminante, como en Francia, donde, á más de las figuras

(1) La genial novelista italiana *Gracia Deledda* ha dicho (véase el prefacio de la traducción francesa de su novela *Elias Portolu*) que ella trabaja en frío, como escultor que modela en yeso. Después de leídas sus novelas, corroboramos su aseveración.

de primer orden, hay una verdadera nube de escritoras especialmente «de la cuerda sensible,» ó dígase, novelistas y poetas. Bastará recordar á la Rachilde, la Condesa de Noailles, Mme. Luisa Cruppi, esposa del Ministro de Comercio, Marcelle Tinayre, etc., etc.

Claro es que esta abundancia á veces daña y más cuando no da genios, sino escritoras estimables ó mediocres; y se da así el caso curioso de no poder proclamarse á una Directora de una Academia femenina que se intentó fundar, pues ninguna consintió en confesarse más anciana que las demás. Pero estas son pequeñeces de la vida literaria que nada afectan á una verdadera personalidad artística, como lo es doña Sofía Casanova. La autora de «Lo Eterno» y de «El Doctor Wolski» es una delicada poetisa, de un temperamento exquisitamente nervioso, que vibra á compás de todos los afectos y de todas las inquietudes. Es verdaderamente un alma femenina, «sentimental, sensible, sensitiva», como diría el gran poeta Ruben Darío; no una de esas eruditas insupportables á quienes Dios condene por vida á sufrir la lectura de las novelas de don Alberto Insúa. Sofía Casanova es un alma de mujer, que es escritora porque es artista y no por buscar exhibición; un alma como Mme. de Staël (á quien solemos imaginarnos, por haber leído la semblanza flageladora de Heine, más marimacho de lo que en realidad era,) que dijo una vez: «Yo quisiera haber sido desgraciada como Lady Byron y haber inspirado á su esposo el «Adiós» inmortal.»

El filósofo inglés David Hume, pulido y galante en medio de su torvo escepticismo como un abate del Trianon, hombre muy de su siglo (y su siglo era el siglo XVIII, ya veis!) parecía presagiar un tiempo en que las artes fuesen relegadas á la parte femenina del género humano. «Con el cultivo de las artes,—escribía,—nuestro juicio se reforzará, nos formaremos nociones más exactas de la vida, muchas cosas que agradan ó afligen á otros, nos parecerán demasiado frívolas para ocupar nuestra atención y perderemos gradualmente esa sensibilidad y delicadeza de pasión que es tan incómoda.» Our judgment will strengthen by this exercise; we shall »form juster notions of life; many things, which please or »afflict others will appear to us too frivolous to engage our »attention; and we shall lose by degrees that sensibility and »delicacy of passion which is so inconvenient (1).»

Como el sexo femenino es más propenso á la delicadeza que el masculino, una vez apaciguadas las pasiones, mediante el autónomo cultivo del arte, puede entregarse á este más

(1) Essays moral, political and literary, by David Hume. (Essay I.)

plena y absolutamente. Porque la delicadeza del gusto artístico entibia y contrarresta la fiereza de las pasiones; y la mujer, quizá el futuro reserve grandes sorpresas en este orden. El arte tiene indudablemente el mágico poder de amansar nuestra parte más animal hasta destruirla ó al menos hacer que quede como atacada de ataxia. Una vida enteramente entregada al arte y á la filosofía, ¿ese arte superior! ejercería tal influjo sobre la parte inferior del sér humano que llegaría á no dejar en nosotros vestigio alguno de bajas pasiones. Por desgracia, es muy cierto y siempre lo será aquel dicho de Pirrón: «Es muy difícil despojarse en absoluto de la naturaleza humana.» Si llegásemos á desprendernos, si se llegase á crear «el ascetismo por el arte,» sería exacto el verso del clásico:

Ingenuas didicisse fideliter artes,
emollit mores, nec sinit esse feros...

Entiéndase, no obstante, que las mujeres deben cultivar el arte como recreo de su espíritu y desagüe natural de su sensibilidad, no en modo alguno para buscar exhibición ó reclamo ni menos para hacer la competencia á los hombres. Si así fuese, yo las detestaría y me serían francamente odiosas.

Lo que me causa más empacho en la profesión literaria (me repugna también lo de profesión) es el tipo del arrivista, como se dice ahora feamente; nombre odioso sobre todas las cosas. ¡Me carga tanto «arrivismo!» Recuerdo ahora un caso de esta repulsiva enfermedad. Aquel era un verdadero apestadó. Afortunadamente, marchó para su país, allá por Centro-América, donde podrá ejercitar su industria con más calor. Porque aquel buen hombre no era ya un literato; era un tratante en artículos. A quince visitas semanales venia yo á salir proximadamente un mes con otro, por culpa del buen señor, que me asediaba como á crítico «autorizado», decía él. Yo no creía gran cosa en tales autorizaciones (porque tengo allá para esos casos mi escepticismo bien guardado bajo llave) y sabía bien adonde apuntaban todos esos tiros ¡á un artículo miserable de quince cuartillas!; pero callaba y sonreía por no aparecer descortés. Hasta que, por fin, un día, cansado de tantas lamentaciones sobre la escasez de críticos, sobre la penuria moral (y material, debió añadir; pero era hombre forrado en buenos billetes) de los autores en España; cansado de oír, sobre todo, plañirse á la campanilla de la puerta (que ya le conocía y lanzaba un clamor particular, como vagido de niño, cuando él llamaba)... reventé, quiero

decir, «le hice el artículo... ¡Bastante me lo había hecho él á mí durante largo espacio de tiempo!...

Y lo doloroso es que no era tonto el chico. Con todó, yo acabé por creerlo tonto á fuerza de oírle repetir las mismas quejas, monótonas, sin gracia y sin arte lanzadas á mi oído... pero á cierta distancia, pues yo no le permitía acercarse mucho porque no me contagiara de su enfermedad moral. Cuando él publicó mi opinión crítica sobre su libro entre unas cuantas que había mendigado por el mismo procedimiento de otros literatos tan benévolos como yo, aunque no tan autorizados, á su juicio; yo me quedé pensando:— ¡Desdichado mozalbete!... ¿No habría reflexionado nunca en que por mucho que yo me esfuerce en demostrar con argumentos sofisticados que va casi para genio, la gente le seguirá creyendo tonto de remate...; y quizá yo mismo lo crea así en mi fuero interno?...

Casos de éste se dan á millares; y ellos me hacen odiar al arrivista. Por eso una de las cosas que más me encantan en las mujeres escritoras es que no pueden ser arrivistas. Como no hacen tanta vida exterior, no tienen ocasión de mostrarse «arrivistas»; y si poseen esa desagradable cualidad, han de guardarla bien oculta, como un vicio feo. Por eso nos encantan actualmente á los que hemos nacido artistas y no tenemos el cerebro tapiado por indestructibles prejuicios. Desde el punto y hora en que la mujer se declare competidora del hombre en las lides literarias, yo renegaré de toda la casta.

Doña Sofía Casanova es una gentil dama nacida en las mimosas y húmedas tierras de Galicia. Así se explica el refinamiento de su sensibilidad. Ha nacido artista y artista psicológica. Para analizar almas, se presta como pocas. Coge el bisturí y se adentra en el interior de sus personajes, con el valor de un buzo que penetra en el fondo del Océano

«Más que amor» es una novela puramente psicológica; adrede y como para no dar importancia al movimiento de la fábula, y menos al paisaje, la autora desarrolla su relato en cartas. Un poco monótona y lánguida se hace con eso la narración; pero se deja leer con gusto gracias á la exquisita sensibilidad de la autora. Es la historia de una pasión entre dos personas de sentimientos nada rudimentarios; se adivina que ella es una artista de alma y él es un alto personaje político. La malicia pondrá un nombre á dicho personaje; pero la crítica debe estar lejos de tales murmuraciones. La psicología de los dos personajes que juegan papel en la narración no es nada moderna aunque el amante intenta simplificar su personalidad. «Olvide usted—afirma explicando su psicología—las leyendas de mi juventud y no se preo-



cupe de «mi ananké» terrorífico. La tragedia de mi existencia es la común á todos los hombres que aman la vida por la vida, desprecian la plebe humana que intentan «tout de même» ennoblecer y glorificar, y son enterrados al fin, los labios y los ojos muy abiertos, hastiados de mentiras y de amorfos, pero hambrientos de verdad y de amor. Tienen tales personajes como epitafio, el olvido que merecieron por majaderos y... dejemos á los muertos y volvamos á la vida, á usted, mi pobre preguntona. Hábleme extensamente de sí misma y querámonos mucho, querámonos bien (1).»

Toda la obra está llena de atisbos psicológicos extraordinarios y de requintes de una pasión ardiente surgida entre dos personas cultas, cuya sensibilidad está depurada por la misma cultura. En esto del psicologismo, doña Sofía Casanova da cruz y raya á cuantos autores españoles intentaron últimamente hacer «Bourgetismo» en la novela (2). Solo un espíritu del Norte y en el Norte aclimatado puede educarse en estos refinamientos anímicos que por el Mediodía pertenecen aún totalmente ignorados. Por algo doña Sofía Casanova es de la España septentrional, celta pura, aunque su protagonista, que se parece á ella, no quiera serlo. «Para mí, impulsiva, vehemente, aun que muy mitigada por el medio esquivo en que me hallo no es comprensible la simpatía sordomuda, ó parálitica de nacimiento. ¿Qué diría usted de un sentimiento que no necesitara ni ver, ni comunicarse con la persona que lo inspira? Caso tal, encantaría á estos espíritus complejos y nebulosos del Norte, que ponen toda su admiración en las contorsiones del alma á las que dan el pomposo apelativo de «enigmático estado de nuestro yo.» Mi yo—lo confieso vergonzosa—no entiende de esas alambicadas sutilezas, y halla que la simpatía, el interés, el afecto, son expansivos ó no son nada (3).»

La señora Casanova no pretende sentar plaza de paisajista ni de persona que conoce los recursos de la dramaturgia con esta su última novela. Solamente piensa acaso en que la graduén de doctora «en análisis psicológico.» No sé si en sus anteriores obras novelescas «La ventura» y «Lo eterno» alardeará de otras cualidades; más por lo que se desprende de su última novela «Más que amor», la señora Casanova sigue en un todo las huellas de la novela meramente psicológica creada por Bourget. Su psicologismo raya á veces en los úl-

(1) *Más que amor*, pág. 37.

(2) No conozco las obras anteriores de D.^a Sofía Casanova y me duele, porque me gustaría hacer un varazón entre ellas y relacionarlas con esta última. Más, por otra parte, no lo deploro, puesto que el espacio me cine de un modo inenarrable; y sería harto importuno en la presente ocasión hacer un análisis sucinto de las obras de la autora. Me reservo para una segunda edición de mi *Historia de la novela en España*.

(3) *Obra citada*, 30 y 31.

timos límites; es intensamente mórbido y hasta llega á la delicuescencia. No analiza sentimientos vastos y claros, sino que bucea en los bajos fondos de la parte afectiva del hombre y sondea hasta los últimos escondrijos de una sensibilidad torturada. Leed, por ejemplo, esta página: «Yo también creo en lo sobrenatural—de otro modo que usted—y ¿cómo dudar del milagro si de la roca vemos brotar cristalina el agua? Es verdad todo lo que dije, es verdad todo lo que callé. La expansión es el sentimiento que desborda; el silencio es el sentimiento llegado á su potencialidad máxima, el éxtasis... y el mío no se ha sustraído á esos dos polos de la gravitación sentimental. Se expande y se reconcentra: es decir, existe y proclama que existe. La amo á usted insensatamente, si puede llamarse amor esta irradiación que se me ha entrado en el alma con su imagen; la obsesión de usted en que vivo, este invencible heliotropismo de todo mi sér vuelto hacia usted, la luz... ¿Hay insania en que á este avatar de mi espíritu sea impulso una encantadora criatura que ví solo dos veces en trece años, que la distancia esfuma y que quizás no vuelva á encontrar en mi camino? (1).»....

Nunca me perdonaré en mi «Historia de la novela en España desde el romanticismo á nuestros días» haber omitido el nombre de doña Sofía Casanova, novelista ya ducha y experta en el arte que cultiva. A su nombre he de agregar en una segunda edición de esa obra los esclarecidos nombres de los novelistas siguientes que omití por olvido imperdonable y por premuras de tiempo tanto como de espacio: Juan Francisco Muñoz Pabón, Fernando Antón del Olmet, Luis López Allué, Hector Abreu, Rafael Pamplona Escudero, Dionisio Pérez, Pedro de Répide, Mariano Baselga, Luis Salado, Luis y Agustín Millares Cubas, Mariano Turmo, Arturo Campión, Timoteo Orbe y alguno otro más que tampoco ahora recuerdo. Dense por desagraviados los mencionados autores y otros más que ahora me vienen á las mentes; que no hubo animadversión ni encono hacia ellos, sino flaqueza de memoria en mí. Confío en Dios que para nueva ocasión me ayudará á salir con bien de la árdua empresa crítica en que hube de meterme.

CONCEPCIÓN JIMENO DE FLAQUER.—«INICIATIVAS DE LA MUJER EN HIGIENE MORAL SOCIAL.—(CONFERENCIA DADA EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE CON ASISTENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES. MADRID. — 1908.

Hoy estoy de señoras, dicho sea con la decente discre-

(1) *Más que amor*, 73 y 74.

ción que conviene á todo crítico. Quiero indicar que me ha tocado hoy en suerte hablar de las obras dadas á luz por gentiles damas. La señora Jimeno de Flaquer es mujer de clara y despejada inteligencia, de vasta erudición y de brillante estilo.

Resplandece en este breve folleto una aguda sagacidad para descifrar las causas de la lucha antifeminista, una fina comprensión del estado de la sociedad actual y un sano anhelo de reinvidicaciones, que no se traduce en desfogado demagoguismo, y que, por lo tanto, se halla á salvo de todo alaque. La señora Jimeno de Flaquer dedica su obra «á los señores Senadores y Diputados que han pedido en las Cámaras la concesión del voto administrativo para la mujer.» Estoy seguro, sin embargo, de que no será doña Concepción de las que promuevan algaradas, como recientemente lo han hecho las sufragistas en Londres. No será, no, de las que gritan en un mitin clamando al Cielo y á los Poderes Públicos para la emisión del voto... y luego se asustan de unos ratoncillos que soltaron por el pavimento ciertos desocupados para darles una broma algo grosera, sin duda, pero muy oportuna... Tampoco tendremos que quejarnos jamás de doña Concepción Jimeno de Flaquer como los leguleyos romanos se quejaron de su «California inverecunda», leguleya que movió mucho ruido, y recordando á la cual decía Alfonso X el Sabio en sus «Partidas» que era muy sabedora é tan desvenonzada que enojaba á los jueces con sus voces, que non podían con ella.»

MANUEL LORENZO D'AYOT. — «LA IBERIADA.» — «POEMA EN PROSA CANTO VIII. — ÁVILA. — GRANADA. — PRIMERA PARTE. — LA ALHAMBRA.

Dos obras nuevas que añaden una piedra más al sólido edificio de La Iberiada, poema cíclico y vastamente nacional, que comenzó á construir antaño con manos de experto albañil... literario el esclarecido autor don Manuel Lorenzo D'Ayot, uno de esos póstumos á quien la envidia ciega desconoce y á quien la Posteridad hará justicia seca. Una alegría para los que le admiran de luengo tiempo há con ó sin banquete en la Bombilla; y una obra de amena deleite que regocijará con honestidad á cuantos así lo deseen. Los escépticos de café sin gotas sonreiránse levemente del ilustre autor de «La Iberiada;» pero él perdurará inmortal... Así las pirámides egipcias plantadas en medio de los arenales calcinados escuchan á sus pies los ladridos de los canes famélicos; mientras ellas se erigen hacia el azul irónico del cielo, luminoso y unánime, sedientas de infinito... ¡Tal D'Ayot egregio!...

TEATROS

BALANCE

EL TRIUNFO DEL CINE

por José Francés

Hace algunos años, cuando aquella ráfaga de infantilidad, y también de malsano deleite—no muy infantil que digamos,—que empujó al público hacia los barracones de cinematógrafo, la Sociedad de Autores tuvo un momento de inquietud.

Se aclaraban los patios de butacas, había negros boquetes en las hileras de los palcos, permanecían inactivas las manos de los taquilleros de los teatros propiamente tales, y llegó á imponerse la Junta general, como la de vecinos para la defensa de ciudad sitiada.

Los más propusieron la guerra sin cuartel, negación de pan y agua, el ataque implacable y continuo contra la película, inocente á veces, amena en ocasiones y siempre propicia al «misterio de la aproximación». Pero, no faltaron quienes—los hermanos Quintero en ese número—aconsejaron lo contrario: manga ancha, protección solapada, el «cachaza y mala intención» jesuítico.

—Cada nuevo cinematógrafo que se abre, es un futuro teatro, donde se representarán nuestras obras el día de mañana—decían.

Prevaleció, afortunadamente, este criterio y bien poco se tardó en ver los ópinos resultados.

El público madrileño bonachón y algo más honrado de sensibilidad que otros—el catalán por ejemplo, á pesar de sus «snobismos» de super-industriales con gafas francesas—no concibe aún la insulsez de los «varietés», ni se conforma con la película monda y lironda.

Como por varita de brujo se vació la calle de Sevilla y se llenaron las barracas—más ó menos sólidas y menos ó

más lujosas—de actores, histriones, faranduleros, cómicos y aprendices de todas estas ramificaciones del arte de representar comedias y cantar zarzuelas.

Claro es que al principio, ni la Sociedad, ni los autores, ni el arte, ni el sentido común siquiera, ganaron lo más mínimo.

Los degolladores de obras que antes peregrinaron por pueblos y villorrios, alzaron sus patíbulos en los cinematógrafos, con la misma frescura y la misma irresponsabilidad de irracionales que en el patio de la posada de Valdecabras, ó en el salón de actos del Ayuntamiento de Villamelitón González.

La Sociedad de Autores volvió á inquietarse.

Pero poco á poco se fueron reforzando las modestas compañías, el público se tornaba más exigente y los escritores de firma autorizada y de innegables triunfos, entregaron sus obras á los Salones, Coliseos, y Cinematógrafos convencidos de que no tendrían que aguantar imposiciones de dioscellos ridículos, ni exigencias del abono ganando en cambio en amplitud de expresión y en rotundez, en sinceridad del triunfo.

Encauzada de tal modo la vida teatral, llegó al año 1908 y en él se ha visto como nunca palpable la preponderancia de los ex-cines, sobre los antiguos teatros.

En ellos han estrenado Benavente, Linares Rivas, Rusiñol, Sellés, Martínez Sierra, Zamacois y otros no menos prestigiosos, y mientras el «Español» hacía una campaña desdichadísima, y Oliver se veía obligado á suspender la suya admirable y abnegada en la «Princesa» y los señores Arruej y Arruej se convencían—con grave quebranto de su bolsillo—de que las astracanadas, melodramitas y viajes fantásticos son tan despreciables como las payasadas, latiguillos y desnudeces encargados de la interpretación, los modestos coliseos acogían entusiastas el verdadero arte y tozudamente, abnegadamente, se imponían al público, educándole y oreándole el espíritu con plena sanidad de belleza.

Tres de ellos, sobre todo, son acreedores al elogio: «Ideal Polístico», «Príncipe Alfonso» y «Salón Nacional».

En el primero,—dirigido por Rosario Acosta, la gentil y modernísima actriz á quien esperan muy altos triunfos por su exquisita sensibilidad artística,—han estrenado Jacinto Benavente, «La casa de la dicha», drama intenso y vibrante; Castillo y Jover «Como se ama», delicada comedia en dos actos, tintada de suave melancolía como un vals lejano; y aparte de otros éxitos de que yo no debo escribir, se ha rendido culto al clasicismo dramático con «Don Gil de las calzas verdes» y con «La fierecilla domada», y á tan opuestas

tendencias modernas como «¡Miedo...!» de Modesto Urgell y «Aire de fuera» la admirable comedia de Linares Rivas.

En el «Príncipe Alfonso», Porredón,—actor de rara flexibilidad psicológica y amplia orientación estética—continuó su campaña iniciada en el «Salón Regio» con «La Confesión» de Dicenta y «La llave de la Araceli» de Répide, estrenando «El marido de su viuda» y «Hacia la verdad» de Benavente, «Cigarras y hormigas» de Rusiñol, y esa humana y sentimental obra de Daudet «Le frère ainé», puesta en la amable prosa de Martínez Sierra.

Por último, el «Salón Nacional», situado en plena Corredera de San Pablo, y al frente del cual figura un actor de intensa fuerza dramática, Francisco Rodrigo, ha tenido la gallarda audacia de imponer esos dramas rotundos y musculosos como «Tierra baja», «Buena gente» y «El místico», junto á suaves poemas de íntima dulzura como «Hechizo de amor» de Martínez Sierra, y bruscos relámpagos de la vida miserable como «La casa de todos» de Répide.

II-El Teatro de Arte

También en este año—fecundo y bastante consolador en lo que al arte del teatro se refiere,—se ha cristalizado y tomado cuerpo una idea que no pocas veces se intentara inútilmente: «El Teatro libres»

La iniciativa y el inquebrantable entusiasmo pertenecen á «Alejandro Miquis», secundado por unos cuantos que aún creemos en esas utopías que se llaman ideal, rebeldía, y otras zarandajas por el estilo.

El público,—doloroso es confesarlo—no ha respondido lo bien que era de esperar y en las cuatro funciones que se han celebrado, hubo de luchar con grandes dificultades de todos géneros.

Pero no importa. Acaso en toda convulsión revolucionaria, lo mismo ética que estética, el más envidiable puesto sea el de los precursores y de los profetas, antes que el de apóstoles.

Un grato eclecticismo fué la única norma de conducta y así pudieron verse obras de tan oscuro simbolismo é interno dolor como «El Escultor de su alma», junto á brutales, crueles, y muy á ras de vida, dramas, como «Sor Filomena» y «Teresa». A la mansa y desolada amargura sentimental de «Peregrino de amor» y «Cuando las hojas caen» sucedió esa



audacísima gallardía de Bernad Shaw, que se llama «Mistres Warren's Profession». (1). Y en la cual la victoria sobre la hostilidad de actores, empresas y público fué más decisiva y consoladora.

III-El Teatro Nacional

Decididamente, el año 1908 ha sido de grandes sorpresas y de no pocas realidades de esperanzas creídas imposibles y quiméricas.

El nunca bien elogiado gesto del señor Díaz de Mendoza, abandonando el «Español» ha dado lugar á que autores, críticos, periodistas y...—¡oh, estupendo milagro!—hasta diputados y ministros pensasen seriamente en la creación del «Teatro Nacional».

Ya están redactadas las bases; ya se habla de la provisión de cargos, ya se discute la formación de la compañía, y han intervenido los arquitectos, arrimando el áscua á su sardina, bajo el diáfano pretexto de dónde convendría levantar el edificio que será cuna y sepulcro á un tiempo mismo.

Sin embargo... siento con toda mi alma tener que confesarme un poco pesimista. A pesar de los buenos deseos de Linares Rivas, de Francos Rodríguez, de López Ballesteros, de Cavestany, etc.; á pesar de la infatigable y bien orientada campaña de «Caramanchel»; á pesar de los entusiastas artículos de Castro, «Parmeno», Laserna, Alsina, «Andrenio» y otros muchos que no recuerdo ahora; á pesar de las promesas de los ministros de Hacienda y Bellas Artes, yo desconfío que tan admirable proyecto se realice.

Esta desconfianza mía tiene su razón de ser en el orgullo y vanidad de los actores. Aquí, en España donde todos quieren ser cabezas y prefieren la cabecita de ratón, á, no ya la cola, sino cualquier parte de león, será difícil unirlos, hermanarlos de tan disciplinada y altruista manera que trabajen antes por el engrandecimiento del arte que por su efímero encumbramiento personal.

Y sería muy de lamentar; porque así como nuestro Benavente es hoy día la primera, la más indiscutiblemente grande figura del teatro universal, nuestras actrices y nuestros ac-

(1). Ignoro el motivo que tuviera el traductor para cambiar ese título admirable de humorismo preciso y concretador como ninguno, por el *Trata de blancas*. Fué un alarde, inútil y contraproducente.

tores valen tanto—y aún los superan—como los extranjeros. Con María Guerrero, Rosario Pino, Carmen Cobaña, María Tubau (si se decide á los papeles de característica) Anita Ferri, Matilde Moreno y Nieves Suarez; con Borrás, Díaz de Mendoza, Morano, Tallaví, Thuiller, Villagómez y algún otro, podría formarse un admirable conjunto.

En ellos, en sus manos, está el porvenir del «Teatro Nacional».

IV-El Espíritu Romántico

«Las Hijas del Cid» y «Gerineldo» han resucitado el espíritu romántico que parecía muerto para siempre.

Ambas obras abren un nuevo sendero de luz por donde se encaminarán tal vez los poetas en años siguientes. La vigorosa personalidad de Marquina, amplia, henchida de una recia exhuberancia guerrera, puso en todo corazón bien nacido el ancestral orgullo castellano, el ímpetu de los siglos bravos y luminosos y también la esperanza de una reconquista futura con armas florecidas de versos, liviano freno de laureles para las frentes hijas de aquellas que frenaron pesadumbre de cascos.

«Gerineldo», en cambio, es la melancolía, la sensual mollicie de los romances amatorios y pastoriles. Frente á la viril hurañez de «Mío Cid» resurgido por la fortaleza de Marquina, la grácil, la moceril gallardía de Gerineldo, evocado en palabras de seda y de oro por dos ingenios que tienen sangre mora en las venas: Cristobal de Castro y Lopez Alarcón.

El éxito de ambas obras demuestra que el teatro poético, mejor aún; el teatro romántico no es ninguna locura y además que «Las Hijas del Cid» y «Gerineldo» representan mayor importancia que las de simples tentativas.

V-Los Novelistas en el Teatro

Se inicia una ventajosa desviación del libro hacia los tablados y bastidores; y digo ventajosa porque yo no soy de los que creen que los novelistas son impotentes para el teatro. Al contrario; por lo mismo que la novela es la más alta cumbre literaria, el verdadero novelista hace en ella, teatro, poesía, brevedad y concisión de cuento, ariete de tendencia, música de estilo, y hasta colorido y brillantez de

cuadro. ¿Cómo no ha de acertar, pues, consiguiendo lo más, á conseguir lo menos?

Por otra parte el teatro moderno es más literario y más de ideas que nunca. El escenario ha de servir para todas las emociones, para todas las rebeldías educadoras, y eso únicamente los que disciplinaron y prepararon su espíritu en el libro, en el periódico, en la revista, estarán en condiciones de ser los dramaturgos futuros.

Es decir, todo lo contrario que antes, cuando el autor dramático era un señor inculto y fracasado, incluso en labores manuales.

Por muy breve que sea la mirada retrospectiva se verá que grandes éxitos de hace cuarenta años, veinte años, quince años, hoy ni siquiera llegarían al «ensayo general con todo.»

Tales consideraciones vienen á cuento del triunfo de «Nochebuena», primera obra teatral de Eduardo Zamacois, estrenada en el teatro Romea.

Eduardo Zamacois que tiene una brillantísima historia literaria, que es uno de los primeros novelistas españoles, que renovó las ideas y el léxico antes que muchos proclamados hoy estilistas y revolucionarios, ha demostrado que también es un excelente autor dramático.

«Nochebuena» está sabiamente construída y aparte de la audacia de frase y de situación muy digna de alabanza, claro está, tiene el intenso interés, la necesaria viveza del diálogo, la sabia emoción para que poco á poco se nos vaya adentrando la amargura de la obra y se adueñe de nosotros para mucho tiempo después de salir á la calle, y encontrarnos la vida, que dejamos á la puerta del teatro.

Con esta obra terminó el año teatral de 1908 y termino yo mi crónica, descontento de no haber tenido más espacio y tiempo para concederle ampliamente ambas cosas, que harto merecidas las tiene y en buena lid se ha ganado.

LETRAS AMERICANAS

CRÓNICA

por Vicente Almela

Se impone hablar del año nuevo, en esta fecha memorable, en que el año 1908 se aleja simbólicamente convertido en viejo, de barbas luengas y nevadas, decrepito y cansado, y aparece retozón, mantecoso y alegre, como un niño recién nacido, el año 1909. Nos deseamos todos un feliz año nuevo. No anda rehacia la cortesía palabrera en augurar prosperidades. Atentos, finos y ceremoniosos, nos damos apretones de manos y sonreímos, mientras invocamos el nombre de la esquivia felicidad. Ni cambiamos de penas, ni se disminuyen los quehaceres, ni se nublan por ello tampoco los naturales alegrías del vivir. El tiempo lo hemos inventado los hombres, que somos hijos de la eternidad. Y á él, que es tan mito, le achacamos las transformaciones, que nuestro cuerpo ruín y miserable,—¿quién no se siente místico hablando de la eternidad?—sufre en su evolución orgánica. Farándula todo, y no de la peor especie, ya que el mito del tiempo es una de las cosas más agudas que ha inventado el á veces sutilísimo ingenio humano.

El año que finalizó no fué de estabilidad ni de reposo para las Repúblicas hispanas. Hubo revoluciones, cambios de gobiernos, certámenes científicos, tratados de paz y de arbitrajes, incendios y otras desdichas que el azar acarrea. Pero, especialmente, la crónica del año anterior registra dos hechos de trascendental importancia para nosotros. Uno acaeció con motivo de la visita que la escuela de guardias narinas, «La Nautilus», hizo á la República de Cuba, arribando al puerto de la Habana el 24 de Junio. El júbilo y el entusiasmo con que los naturales del país acogieron al buque que simbolizaba la nación española, bien á las claras evidenciaron que los últimos acontecimientos guerreros, solo han sido un paréntesis necesario en el progreso de los

pueblos, ya que la independencia es tan de derecho natural como el aire que respiramos. Sobre los recuerdos, que pudieron habernos separado, flotó el afecto que nos hace hermanos y que debe mantener nuestra constante comunidad de relaciones. Sabia es esta política y por tanto prudente. Si lo mismo que hemos hecho con Cuba, lo hubiéramos realizado con las otras colonias del continente americano por nosotros incorporados á la vida de la civilización, á medida que ellas conquistaban su legítima independencia, muy otro sería el estado de las relaciones ibero-americanas. No es hora de lamentar errores, sino de hacer afirmaciones que tracen una orientación fija y constante en este sentido. Olvidando las ironías fáciles y manidas de los que solo pretenden ver el lado ridículo de las cosas, siendo ciegos á «*naïvité*» para sí, y pensemos con más detenimiento en cuestiones que tan provechosas pueden ser para americanos y españoles.

El otro acontecimiento á que me refiero, se debe al patriotismo de la colonia española de Buenos Aires. Ella ha sido la primera en sumarse á los festejos que la Argentina celebrará en breve para conmemorar el primer centenario de su independencia. En el concurso mundial para premiar el mejor proyecto que simbolizase tan fausto suceso, obtuvo el premio nuestro compatriota Blay. Alborozados y satisfechos, cablegrafiaban á don Miguel Moya la noticia aquellos nobilísimos españoles. Ante hechos tan elocuentes ¿se podrá dudar de la eficacia que las doctrinas de fusión con las Repúblicas hijas nuestras tienen para el porvenir?

Empecemos el nuevo año, con propósitos nuevos de trabajar en favor de tan elevados ideales. Es decir, empleemos el mito del tiempo, en cosas útiles á la breve realidad de la existencia.

INTERROGACIÓN

por Amado Nervo

Si tus pálidas manos me bendicen
iré tras de la Esfinge, á los desiertos,
á preguntarle aquello que no dicen,
inexorables en callar, los muertos.

Dame el odre y la alforja; del romero
dame el nudoso báculo; pues quiero
ver esta misma tarde á la taimada
¡y aunque sus uñas en mí clave airada,
sabré al fin por qué vivo y por qué muero!

No temeré tropiezos ni deslices,
ni emboscadas recelaré ni vanos
espectros, si tú, Santa, me bendices
con tus pálidas manos...

—Mas, ¿si calla la Esfinge?

—La encendida
noche, respuesta me dará cumplida;
pues sé que no mintieron los poetas
y que al cabo se acerca la venida
de «Aquel» que bajará de los planetas
á explicar el misterio de la vida!



LETRAS SEFARDITAS

Jerusalaim Visión de la Paz

PSALMOS

por Saron

La tarde muere, como una hoguera en la ciudad: los grandes focos se encienden sollozando, gimen los aristones de los viejos mendigos y sobre el negro asfalto, opaco como el betún asirio, la gente camina llena de inquietud.

El crepúsculo en la ciudad, es como una gran fiebre: jóvenes y ancianos caminan presurosos á través de las calles ardientes como infierno: trepidan las ruedas de los grandes ómnibus, restallan las fustas de los conductores y los viejos mendigos redoblan su clamor entre el tumulto.

El crepúsculo en la ciudad es un delirio ardiente: toda inquietud se exalta hasta la angustia; jóvenes y ancianos caminan temblorosos sobre los pies crujientes y en los ojos, brillantes y fríos como glaciares, se refleja un deseo infinito de paz.

*
* *

El crepúsculo en la ciudad es amargo y lascivo y corroe el corazón como un veneno: y como un maldito tabernero una en la misma cepa el tedio de la vida y una cruel sensualidad.

*
* *

En estas horas tumultuosas, venenosas como el alcohol, oh Visión de la Paz, tu remoto recuerdo fulgura ante mis ojos como una apoteosis de incienso y armonía: el incienso,
REVISTA CRÍTICA—4

y la mirra se espesan en el aire, resuenan las bocinas de los sacerdotes y al reflejo de los grandes focos, refulgen todas tus murallas de plata.

Oh Visión de la Paz, en esta hora, es para mí como un narcótico, el recuerdo de tus piscinas y de tus casas de oración, tu solo nombre es para mí más bienhechor que todo un bosque de azahar.

¡Oh Visión de la Paz! Tu satisfaces toda mi ansia de olvido y cementerio; y cuanto en mí sigue un aéreo camino, marcha hacia tí, Jeruchalaim.

Bajo el polvo que flota sobre la multitud, camino como bajo la arena sofocante de simún; y sediento y rendido, sueño con la voz fresca de un joven camellero que, dijese venciendo el sopor de la hora.—He ahí Jeruchalaim.



Curisidades Hebraicas

ORIGEN DEL TALMUD

por José Farache

Desde los tiempos de EZRÁ se dió principio á consignar por escrito la Doctrina que el pueblo de Israel recibiera de sus mayores, para la más cumplida observación de la Ley; pero sucedió con aquellos preciosos escritos y las explicaciones verbales, lo que con las primeras explicaciones Targumistas, y aun con los autógrafos de la Ley y demás libros santos. La misma facilidad de oír á cada instante y de boca de los Sacerdotes, Levitas ó Escribas la letra y su explanación, hizo que se descuidase en un principio el consignarla por escrito; pero alejándose cada día más de su origen la doctrina, y escaseando los que pudieran repetirla y explicarla, comenzaron los más sabios y piadosos á sentirse movidos á recomendar por escrito cuanto por tradición había llegado á su noticia, y el pueblo á su vez á experimentar la necesidad de las MISHNAYÓT, «repeticiones,» que le esclarecieran las disposiciones legales y el modo de darles su debido cumplimiento. Este es el origen de la MISHNA, ó repetición de la Ley, origen y fundamento del Talmud.

Antes de que el autor del Talmud emprendiese su gran obra, ya el venerado HILEL, autor del Códice más antiguo que se conoce, había escrito seis SEDARIM, «órdenes,» según nos refieren los más eruditos y distinguidos Rabinos. Allí consignó varias disposiciones reglamentarias, ó tradiciones, para la conveniente ejecución de los preceptos legales. Estos seis SEDARIM del gran HILEL-HAZAKEN y los apuntes ó escritos privados de otros santos varones piadosos y entendidos en la tradición, fueron el fundamento inmediato de la gran obra que posteriormente se conoció con el nombre de Talmud, y forman la cadena tradicional desde la más remota antigüedad hasta nuestros tiempos.

YEHUDAH-HAKADOSH, llamado así por la pureza é integridad de admirables costumbres, como quinto nieto de HILEL el santo, fué el primero que recogiendo cuantos apuntes, tradiciones y noticias que conservaban los descendientes de Abraham, Yishak y Jacob, formó el cuerpo de doctrina conocido posteriormente con el nombre de MISH-

NAYÓT. Para convergerse de la hermosa cadena tradicional, compuesta de piadosos y sapientísimos varones, conviene tener presente que HILEL el viejo, fué el padre de los primeros Rabbanim que comenzaron á usar epítetos honoríficos y de autoridad al lado de sus respectivos nombres; pues que antes y desde los tiempos proféticos nadie había usado títulos que les exaltase sobre la multitud. Sin ellos aparecen todos los Profetas, los sabios varones del gran Concilio yerosolomitano hasta los tiempos de MELAJYÁ, los que les sucedieron en el gobierno de las YESHIBÓT, «cátedras,» como SHIMÓN HAZADIK, YOSEF hijo de YOJANAN, YOSHUA hijo de PERAJYÁ, SHEMAYÁ, AFTALIÓN, HILEL y SHAMÁY: ninguno tuvo más título que su nombre. Mas después los descendientes de HILEL comenzaron á llamarse Rabbanim, «maestros,» contándose siete solamente con tal título que fueron: Rabban SHIMÓN, hijo de HILEL HAZAKEN, Rabban GAMALIEL «el viejo», hijo de SHIMÓN «el viejo», maestro del apóstol San Pablo, y coetáneos de ONKELÓS el autor del TARGUM; que en la muerte de su piadoso maestro quemó setenta libras de incienso; Rabban SHIMÓN, «segundo,» hijo de GAMALIEL «el viejo» Rabban YOTANÁN, que fué PARNÁS, «presidente,» de la sinagoga de YAFNÉ; Rabban GAMALIEL «segundo» hijo de SHIMÓN «segundo»; Rabban SHIMÓN «tercero» hijo de GAMALIEL «segundo» y padre de YEHUDAH HAZADIK, autor de la MISHNÁ el cual sólo se denominó Rabí YEHUDAH, aunque el pueblo de Israel le nombra RABBENU HAKADOSH; y Raban GAMALIEL hijo de Rabí YEHUDAH, en el que expiró el título de Rabban, convirtiéndose luego en el de Rabí para Occidente y RAB para Oriente.

Se ve, pues, la cadena de santos y piadosos varones que une á YEHUDAH HAZADIK en la grande obra del Talmud, y la facilidad con que pudo llegar á él todo cuanto la tradición oral transmitiera de generación en generación para la recta inteligencia y observancia de la santa Ley.

Écos de Turquía

Nuestra línea de Conducta

MORIR Y MATAR

por R. Amato

Bajo este título, mi amigo Gad Franco, profundo conocedor de la lengua turca, ha publicado en uno de los últimos números del «Ahenk» un hermoso artículo que traduzco «fielmente» para los numerosos lectores y lectoras de la REVISTA CRÍTICA, habiéndolo ya hecho con caracteres hebraicos por «El Tiempo» de Constantinopla. He dicho fielmente en cuanto al fondo, pero se comprende de suyo que los encantos del estilo desaparecen en la traducción. A pesar del proverbio italiano que dice traductor, traditor, hay muchas traducciones que eclipsan su original. Pero, lo confieso ingenuamente, la mía no tiene este mérito, bien por lo contrario.....

Después de dedicar su artículo á la venerada memoria de Teofik Verzasd Bey, víctima del despotismo, mi amigo escribe lo que á continuación reproducimos:

Como, al fin, no hay ya ningún inconveniente en que algunos individuos se reúnan en un mismo lugar, se ven en todas partes de la ciudad grupos grandes y chicos con la alegría en el rostro, la sonrisa en los labios, que conversa. ¿De qué tratan? De la cuestión actual, de la política, de nuestra política interior. Hace solo diez días este vocablo de «política» hacía temblar nuestro corazón. ¡Pobres acusados políticos!

Considerábaseles como unos criminales que merecían todo el rigor de la ley y precisamente los funcionarios encargados de administrar la justicia, pero que se glorificaban de difundir el terror, tenían por misión destruirles á ellos, y á sus familias.

Más, ahora que como por encanto,—si debemos considerar como una grande maravilla el acontecimiento—se produjo esta mudanza en nuestra vida nacional, en nuestra historia y en nuestros pensamientos, á nosotros también nos

es reconocido el derecho á hablar de nuestras propias acciones, y no dar lugar á que los Europeos resuelvan las cuestiones que nos conciernen.

En uno de los cafés adornados de magníficas banderas otomanas con motivo de esta fiesta nacional, habían tomado asiento algunos oficiales y uno ó dos paisanos. Ellos representaban la dicha general y manifestaban su satisfacción. Acerqueme á su lado y sentéme. Miradas radiantes salían de los ojos de los oficiales y sus compañeros no podían contenerse dentro de sí, á causa del regocijo al ver este verdadero triunfo del ejército que no consiste en la conquista de un pedazo de tierra, sino en haber arrancado por fuerza, de las manos de los innobles personajes que la guardaban en sus garras diabólicas, la libertad, este remedio salvador de la nación que gemía en su lecho de agonía, ó mejor dicho, que no tenía ya fuerzas para gemir.

Naturalmente nosotros hablamos de la cuestión del día. Con esta ocasión, recordamos que treinta y dos años antes habían instituido en nuestro país el régimen parlamentario, más conforme á la lógica y respondiendo mejor á las necesidades más imperiosas, pero que, una mañana manos criminales arruinaron las ilusiones de ventura que sostenían á la nación y seres sin conciencia que no temían la maldición de la historia alejaron de nosotros el ángel encantador de la libertad.

—¡Que estas cosas no nos vayan á acontecer de nuevo!

—¿Cómo evitarlo?

La pregunta surgió espontáneamente.

Más que la pregunta, el acento con el cual fué pronunciada revelaba un miedo secreto en el que la profirió; produjo en los interlocutores un sentimiento tan profundo é inesperado que ví su rostro enrojecer después de haberse puesto pálido, y sus ojos, resplandecer súbitamente como si con la fuerza de sus miradas, quisiesen trastornar á los que se hallaban enfrente.

Uno de los paisanos dijo:

—Muriendo.

Y un oficial añadió:

—Matando.

Estas dos palabras fueron dichas con tanto terror, las miradas y el rostro de los que los pronunciaron expresaban tanta grandeza que al querer repetirse el acto de despotismo de 1876, no cabía duda que todos estarían prontos á morir y á matar. Y esta suprema resolución, ellos la habían tomado con toda la fuerza, con toda la sinceridad de su alma. Ambas palabras arraigáronse en mi espíritu; aún resuena en mi cerebro el acento de sinceridad y de terror con el cual fue-

ron dichas; al decirlas, las miradas llameantes de mis interlocutores—miradas dignas de los que están prontos á sacrificar su vida por la libertad,—se cruzaban con las mías. Comprendí que una vez abierto el camino de la libertad y del progreso por la voluntad y tenacidad de nuestro ejército y rotas las cadenas de la esclavitud que lo oprimían, cadenas en cada uno de sus eslabones evocaban el recuerdo trágico de los hijos de la patria que, durante treinta y dos años, fueron víctimas de la tiranía; envuelta ya en las luces y en los esplendores del paraíso de la libertad la nación, cuyo corazón ardió y cuya conciencia que destrozaba en medio de tantos suplicios invernales que ha padecido, y habiendo ya recorrido algunas leguas en esta vía, no es ya posible el arrojarla atrás: la reacción no está ya en el poder, de un tirano ni en el de sus ayudantes innobles, ni tampoco en las fuerzas sobrenaturales.

Pienso que la línea de conducta que debe seguir en el porvenir el pueblo, que ya empezó á avanzar por entre las luces de la aurora, fué muy bien resumida por las dos palabras de estos señores que sin ahondar, sin mucho reflexionar, las improvisaron con toda sinceridad: morir y matar.

Efectivamente esta frase constituye un programa perfecto, una hermosa línea de conducta.

Los funcionarios encargados de la administración del gobierno deben saber, del más grande hasta el más chico, que el primordial, el más sagrado de sus deberes, es defender los derechos naturales de la nación, la libertad y la constitución y no permitir que nadie toque á estas cosas inviolables.

Ellos deben saber que atacar la libertad adquirida merced á tantos suplicios soportados por el pueblo durante treinta y dos años y al precio de la sangre de tantos de sus hijos sacrificados con este objeto es el más horrible de los horribles crímenes registrados en los códigos.

Ellos deben saber que la nación no puede tener piedad por aquellos demonios que intenten tocar en poco ó en mucho á sus libertades; ella los va aplastar y matar como se aplasta á una vil serpiente, como se mata á un perro.

Deben saber que el más chico de entre nosotros que rehuye verter sangre, considerará como una gloria el verter gota á gota la Sangre de los cándidos liberticidas.

Por último, deben saber—y esto es lo más importante—que la nación prefiere mil veces el morir, al vivir sin libertad, al dejarse arrastrar como una manada de bestias, según lo hizo durante treinta y dos malos años.

Sí, del más chico hasta el más grande debemos aprender esta verdad; estemos prontos á morir y á matar por defender nuestra libertad, nuestros derechos.

¡Morir! ¡Matar!

Cuán considerables, cuán graves son estas dos palabras. La primera es amarga, la segunda horrible. El morir recuerda tristezas, desesperaciones; el matar evoca salvajadas.

Como cada hombre tiene su deber en este mundo, no puede ser que un cobarde que, con sus propias manos, pone fin á su vida; del mismo modo no hay mayor salvajada que quitar á los demás la vida, la más preciosa de todas las riquezas.

Pues bien: por mantener su libertad, por amparar los más evidentes de sus derechos naturales; el pueblo está resuelto á emplear estos dos medios. El vivir sin libertad envilece tanto á los hombres, que la nación prefiere mil veces el inmolarse entera, como formando un solo cuerpo, en el altar de la libertad, al vivir en la esclavitud. Pero como de ninguna manera admite el suicidio, desea morir, con las armas en la mano, combatiendo por la libertad: frente á frente.

¡Verter sangre! ¡Qué mala, qué abyecta cosa!

Cuando toda la naturaleza procura crear nueva vida, el sol con su calor vivificante, los vientos y las lluvias con su influencia solitaria tienden á resucitar todas las partes del universo, ¿cómo se puede admitir que el hombre mate á su semejante? Si la nación aceptara, se vería obligada á aceptar esta villanía por amparar su libertad. Sí, desde el momento en que se levantó de los lechos de agonía adonde yacía, el pueblo que durante treinta y dos años ha padecido los tormentos del infierno, juró no caer más en los mismos lechos á pesar de su corazón generoso, piadoso y opuesto á efusiones de sangre, va á aplastar, destruir y matar á los que pretendan devolverle á las pesadillas de los días pasados. Haciendo así, le excusaron la conciencia pública y la historia, puesto que evidentemente habría obrado en legítima defensa. En efecto, tratar de suprimir la libertad de la vida, de la nación, ¿no es quitarle el alma, el espíritu, condenarla á la muerte? ¿Esto no es un crimen tan grande como bárbaro, grosero y mezquino?

Pues bien, nuestra línea de conducta, morir y matar, es muy razonable, lógica y juiciosa.

Al seguir esta línea de conducta para amparar su libertad y sus derechos, constitucionales, la nación otomana se jacta de conformarse y someterse á las leyes. En este particular, nosotros semejamos á los ingleses. Ya lo hemos probado más que es menester con nuestra obediencia de treinta y dos años y con nuestro deseo de mantener el orden público y de aplicar bien las leyes vigentes. En el porvenir también, consideraremos como nuestro deber el que incumbe á los pueblos libres de obrar, mejor que los demás, en la esfera de la

lagalidad, á condición que las leyes sean hechas por los encargados del poder legislativo. Pero nosotros no estamos obligados á respetar las pretendidas leyes de aquellos traidores que después de haber tenido la osadía de arruinar la base de nuestros derechos—aboliendo por ejemplo la contribución, quisieran imponernos sus caprichos. Para evitar que esto suceda y defender su derecho á legislar el pueblo debe estar pronto á morir y á matar. Si todos los otomanos se dieran cuenta de esta obligación y adoptasen esta línea de conducta, no podrán ya, como algunos lo temen, tomar de entre nuestras manos la constitución, según lo hicieron hace treinta y dos años.

Entre los que participan de este temor hay un célebre redactor del «Matin», periódico que ha adquirido una importancia extraordinaria en la prensa Europea, el señor Harduin, cuyos escritos y opiniones atraen bastante la atención. Dice Harduin en un número de este periódico: «Si yo fuese turco, me hubiera alegrado al ver que Turquía tiene ahora una constitución, más yo no la dejaría parecer y guardaría mi contento para mí. No me verán juntarme á los que van alabar públicamente al Sultán, glorificar su espíritu liberal y ensalzar los méritos del nuevo régimen. El hombre sesudo se guarda de mostrar mucho celo y piensa en el día de mañana. No saben lo que va á ser este día de mañana y si no van á tener que arrepentirse por la alegría que manifestasen hoy.»

Nosotros nos oponemos á este juicio: la libertad y la constitución no nos fueron acordadas con buena voluntad. Es la nación que conquistó sus derechos sagrados y nadie puede quitárselos. Los acontecimientos y el porvenir van á desmentir al señor Harduin.

Seamos juiciosos, hablemos la verdad. Si el pueblo ha podido apreciar el valor de la libertad es por haber sufrido el horror de suplicios y tormentos durante treinta y dos malos años. En país otomano, hacían avergonzar á los propios otomanos de ser otomanos. Mientras que nuestros ciudadanos extranjeros, al abrigo de toda injusticia, ocupábanse tranquilamente de sus hechos, el pobre otomano espantábase hasta de respirar temiendo no sea enviado á la prisión por haber mirado de lado ó condenado por haber leído «Le Matin». Los funcionarios robaban su hacienda y los espías, queriendo ganar condecoraciones y gratificaciones, calumniábanle. ¡Desdichados otomanos!

Ahora empezó para la nación una nueva vida, la vida de libertad. A decir verdad, nosotros no estamos aún habituados á ésta. Los pueblos aprenden la libertad como los niños las reglas de la gramática. Ante nuestros ojos está abierta la

primera página de este libro de gramática «art nouveau». No tengamos pretensiones sobre nuestros conocimientos de las últimas páginas. Nuestro mayor punto de apoyo en esta fase de civilización en que nos hallamos es el hecho que nuestro ejército es partidario del régimen liberal. Armados de esta fuerza, arreglemos nuestros hechos con sosiego, con serenidad, lentitud y reflexión. Tomemos como base en todos nuestros actos la moderación. No olvidemos que nuestro gobierno es una monarquía constitucional y no una república. Las comidas de la libertad son muy sabrosas, pero no se debe dar mucho á comer al enfermo apenas restablecido de la enfermedad que padecía, porque su estómago está flaco y escaso su poder digestivo, de otro modo, hay que temer la recaída.

Ningún pueblo libre se ha visto obligado como los turcos á solucionar problemas importantes y delicadísimos. Y esta necesidad ha surgido para él apenas se ha levantado de la enfermedad que padeció tan largo rato; al mismo tiempo que exhalar el primer suspiro de la libertad, él debe borrar las faltas y delitos que se amontonaron unos sobre otros á consecuencia de la incompetencia y arbitrariedad de administración del régimen despótico que acaba de morir. Esta es una tarea grande y peligrosa. Para poder cumplirla bien es preciso muy buen juicio, mucha perseverancia y sobre todo mucha moderación.

Nuestro público debe aprender, de una parte, como línea de conducta suya esta frase: morir y matar, y de la otra, debe considerar la moderación como un medio político.

De este modo, el éxito estará con nosotros.



EL LIBRO DEL MES

Miedo

AUTOCRITICA

por José Francés

Las autocríticas fueron inventadas para satisfacción de todas las malas pasiones,—algunas de las cuales son el orgullo, la modestia, el despecho, etc.,—sin que, ni casualmente resplandezca en ellas lo que solo debía resplandecer, la sinceridad.

Héme, pues, en paradógico compromiso. Yo no soy más que un gran sincero. Siempre. Hasta cuando miento.

De las demás pasiones estoy limpio. El orgullo me parece una pobreza espiritual; la modestia otra mayor miseria; y el despecho, hijo de aquél, y cara que se oculta á veces detrás de la hipócrita careta de esta, tampoco lo he sentido nunca...

Y basta de preámbulo.

En «Miedo» debe estar cristalizada mi personalidad.

Al menos así lo intenté cuando he dividido en dos partes opuestísimas la obra: «Hierro y sangre» y «Linfá y oro.»

Es decir, violencia, rebeldía, fuerza, convencimiento del dolor irreparable, de la inevitable crueldad de vivir; y ternura, languidez, suave melancolía, tentativas de olvidar la miserable vida soñando un poco.

Que de todo esto conozco algo: el cansancio de vivir y el descanso de soñar. Con lo cual quiero decir que me han interesado siempre más las mujeres que los hombres, y el campo y el mar antes que la ciudad y los libros.

De mis obras anteriores hay muchas páginas que quisiera borrar. De esta reciente, ninguna. Ni siquiera «Cuento azul» que está escrito para explicarles á los fantasmas del antimodernismo, lo que quiere decir «libélula».

Por otra parte, el estilo me satisface más que el ampuloso y exótico de «Guignol», por ejemplo. Voy, literariamente, hacia la sobriedad lo mismo que personalmente hacia la bondad... un poco indiferente.

El necio «epatar al burgués» está muy lejano y quisiera un estilo terso y limpio como un espejo para que la vida se fuera reflejando con plena sencillez.

También están muy lejos mis odios—ridículos odios infantiles,—literarios y me he convencido de que aún el más humilde escritor de cuartillas, como el más pedante plumífero tienen algo admirable y algo de hermanos nuestros.

Así, poco á poco, ya en esta ecuanimidad espiritual, sin más aliños y vestiduras que las necesarias para que el alma no apareciese sobrado huraña, ni tampoco se enfriase á los vientos de la vulgaridad, ha ido naciendo «Miedo.»

A usted va, señor lector, sin altanería ni mentida humillación, tendiendo una mano leal...

¡Ah! Encontrará usted al final del libro un extenso y preciso—quitando algo de amistosa ampulosidad ponderativa, claro es—estudio crítico de Andrés González Blanco, publicado antes en «El Nuevo Mercurio» y ampliado ahora y casi coincidente en «Los Contemporáneos» (1).

Lo hemos puesto ahí por varias razones: por el público de América, porque es muy sincero, porque facilitará la empresa de quienes piensen ocuparse—mal ó bien—de «Miedo» y porque á última hora, faltando original para completar el tomo, preferí embellecerlo con la prosa ajena, á quizás afearlo un poco más con la mía propia.

¡Feliz año nuevo, señor lector!

JOSÉ FRANCÉS

1.º enero 1909.

Algunas opiniones acerca del Autor

«... el Trigo del estilo torturado y dislocado que á tantos amedrenta, ocupa allí un puesto al lado de José Francés, el joven más «hecho», más descollante entre los de la nueva generación; el que ha sabido encontrar su estilo: un estilo inquietante y extraño, mezcla atrevida de las impetuosidades naturalistas y de las alucinaciones decadentes; un estilo

(1). 3.ª serie Garnier y Comp.ª editores.—París

que combina en sabia fusión la vehemencia de un Zola ó de un Blasco Ibañez, con las dulzuras de un Regnier novelista, ó de un Martínez Sierra; un estilo que da la sensación precisa de la vida, de la vida de los seres innominados, de la vida oscura y áspera á ras de tierra, de la vida gris que llevan la mayoría de los tristes humanos, ¡de la vida que es tan cotidiana, como pensaba el inmortal Laforgue!...

A. GONZÁLEZ BLANCO

«Historia de la novela española».—*Los novelistas de hoy.*

«Agresivo, impaciente de sondear el vacío
la pujanza supliendo la orientación del brío,
todavía tan joven é inexperto, que labra
en tí, más que el sentido el son de la palabra,
con la curiosidad de todas las doctrinas,
por los linderos de toda selva caminas...

Aguzas el oído en los Ocasos: tienes
cercos de insomnio en torno de los ojos: retienes
por cualquier causa el paso en cualquiera recodo
y aún no te has dado á nada, por querer darte á todo...

EDUARDO MARQUINA

«España Nueva»

«José Francés,—más joven de años que de voluntad—no sé bien si es un inquieto ó un saboreador; desde luego es buen amigo de todas las tentaciones tanto en vida como en literatura.

Hace bien. Yo admiro y envidio esa facultad ecléctica que es como si dijéramos un sibaritismo intelectual: como le envidiaría—si á temporadas no le arruinase en demasía músculo y médula,—ese otro eclecticismo «vital» que le permite cumplir á un tiempo y bien con tres ó cuatro diversos amores, novia, amiga, amante, platonismo de balcón burgués, chotis de merendero, risa y piropeo de vuelta de taller, llamas para danzantes excelsas, con todo aperitivo de exotismos, y otros juegos no menos ardientes, aunque más castigos, para hembras que saben de ortografía castellana. zos, para hembras que saben de ortografía castellana.

Y todo esto con toda sinceridad.»

G. MARTÍNEZ SIERRA

«Renacimiento»

«En artículos en que se retrata la vida real publicados en la Hoja de «El Imparcial», ha demostrado José Francés (de quien es el libro «Guignol» que ocasiona este artículo) que él puede apartar de su vida las siluetas seductoras de celebridades literarias, para lejos de imitarlas, agarrarse á brazo partido con el modelo vivo y vencer produciendo páginas originales...»

SALVADOR RUEDA

«Diario Universal»

«El tiempo ha pasado y el autor de «Abrazo Mortal» que añade á otras muchas cualidades buenas la virtud excelente de la laboriosidad, no ha cesado de leer, de meditar, de pulir su pensamiento y su estilo, con lo que ha mejorado materialmente su técnica de novelista. Hoy, José Francés tiene un carácter, «un modo de ser» personalísimo, enteramente suyo, ajeno de libres influencias.»

EDUARDO ZAMACOIS

«El Cuento Semanal»

«... He aquí una de las personalidades más interesantes de la actual generación literaria. En un lapso de tiempo, extraordinariamente breve, muy joven aún, el señor Francés ha recorrido con toda felicidad el para otros penosísimo camino que conduce á la adquisición de editores y lectores. El señor Francés, muy joven aún, repito, tiene editores que le renumeran y lectores que le celebren.»

LUIS DE TERAN

«Nuestro Tiempo»

«Yo conozco pocos artistas completos que, al igual de Francés sepan ser sanos y nos contagien sus copiosas fiebres de idealidad. Con las manos extendidas parece que al borde de cada una de ellas se asoman los dos crepúsculos. Las horas intensas del mediodía—horas máximas de fuerza y de luz,—rebotan sobre su cabeza meditativa.

Es un visionario, un rebelde y un sensitivo. No tiene una sola cuerda: es multiforme, lleno de mil matices. Aquí, en esta calma chicha de nuestra juventud actual, donde tantos grillos se deshacen runruneando una musiquita siempre igual, es cándido pretender clasificarle.»

E. RAMIREZ ANGEL

«La Lectura»

«... Imperdonable fuera pasar por alto un artista de la condición del señor Francés todo lo que es gala y ornato de su obra: estilo, lenguaje. De aquel, ¿qué añadir á lo ya dicho? á la concepción poética, acompañanla siempre composición y desarrollo con certero bello instinto, con estudiada ponderación. Solo á veces el afán pintoresco deja en los escenarios del señor Francés,—integrante elemento de su teatro, como á tan moderno artista incumbe—algún rasgo, alguna pincelada, que en el dibujo ó en las tonalidades violenta y escapa la total euritmia de la obra. En punto de lenguaje, el señor Francés es de los que estudian y olean el léxico.

{ RICARDO CARRERAS

«Cultura Española»

«...Jo l'he vist un sol dia a la vida, a n'aquet Joseph Francés. Era en la redacció d'una petita Revista orgue de la joventut intelectual—efímera naturalment—(¡quan adhuc el «Renacimiento» den Martínez Sierra, que's un home formal y metódich, ha mort!...)—Allí va comparèixer a la caiguda de la tarde, en Francés. Duya dues coses: una gran cartera de dibuixos y pressa. Ensenyá'ls dibuixos y enumerá'ls motius de la pressa. Els primers eren lleugeríssims; els segons greus. Greus per la multiplicitat, sobre tot: «Le calía fer un cartell, escriure un article sobre pintura, fer una nota bibliogràfica sobre un llibre de Blasco Ibañez, una noticia sobre la novela italiana, «poner las peras á cuarto á ese canalla de X», corregir les proves del llibre d'un amich, «ir á ver á Navarro Ledesma» o a no sé quí, passarse pel Circol de Belles Arts, estudiar portugués, y «pelar la pava» ab una anomenada Clotilde si no m'equivoco... Després de aixó dit, va parlar d'infinitat de coses. Qualsevulla que toqués se l'endevinaba un sagrat rastre d'emoció y d'inquietut... D'inquietut, especialment...

Partí ell. Jo vaig informarme. Veya quatre cinch anys que aquell noy venía vivint així ab aquesta abundancia... Y aquesta abundancia era infinidament respectable, per que son possessor no tenía allavores vint anys...»

EUGENIO D'ORS

«La Veu de Catalunya.»—(*Els noucentistes espanyols.*)

«Le livre que M. José Francés, vient de publier sous le titre de «Guignol», synthétise en quelque sorte les qualités—et aussi les défauts—d'un courant artistique qui, depuis quelques années, s'ert fait sentir en Espagne sous le nom de

«modernisme.» Il s'agit d'un ouvrage qui mérite d'être lu avec attention, non seulement à cause de sa valeur intrinsèque, mais encore à raison des réflexions qu'il suggère sur les tendances actuelles et sur la littérature espagnole en général. M. José Francés est un écrivain notable. Sa sensibilité subtile sait décrire des nuances qui parfois paraissent imperceptibles...»

MANUEL UGARTE

«La Revue»

Nell'ultima infornata di scrittori giovani, José Francés figura nelle prime linee. Io lo conoscevo per mezzo di alcune note bibliografiche che ha pubblicato «La Lectura» e per mezzo di un racconto: «Alma Viajera», uscito in un numero del «Cuento Semanal».

Francés è manerato nello scrivere e ciò è intollerabile nei giovani e per disgrazia ce ne sono molti che incorrono in questo difetto!...

JOSÉ SANCHEZ ROJAS

«Nuova Rassegna di letterature moderne.»



ARTE

Los cuadros del Arte

Gustavo Moreau

por Antonio de Hoyos y Vinent

¡El pintor de Salomé! Toda la portentosa belleza, toda la inaudita magnificencia, toda la quimérica elegancia de sus obras se borra ante el glauco enigma que duerme en las pupilas de la Princesa de Judea. Salomé, en la noche trágica, en que la luna «diríase una mujer muerta saliendo de la tumba en busca de otros muertos», Salomé, la celeste hija de Herodes, la que semejaba el cándido reflejo de nevada rusa sobre un fondo de plata; Salomé, cubierta de peregrinas gemas de diamantes y de jacintos, de ágatas y de crisopacios, de carbunclos y de zafiros; Salomé bañada en la aurora de las perlas y la malsana cábala de las esmeraldas refugiada en el misterio de sus siete velas danzando ante los lujuriosos rayos del Petrarca coronado y ante las turbias pupilas de Yo'Kanaán el santo mártir, en la cálida dulzura de la noche de oriente cuando la luna semejaba una cortesana histérica que buscaba amantes y el viento susurraba una cantata de amor maldito, vibra en un ritmo de perversa lujuria en los raros lienzos del pintor.

Hay muchas Salomés en el sinpar museo, muchas danzantes princesas que se yerguen bajo la insólita riqueza de quiméricas preseas, pero siempre es la misma imagen, fascinadora y trágica la que se alza ante la triste insignificancia del Herodes á quien Ary Renau describe así:

«...Tal se nos muestra el triste Herodes. Inmóvil y descarnado como un Yoghi, agobiado bajo el peso de su tiara de sátrapa, parece una momia envuelta en sus linos, un asceta insensible, petrificado en su majestad de regia lava. Y desde lo alto de su solio de oro, sus pupilas, semejantes á las de un cataléptico sumido en un nirvana sin fondo, mi-

REVISTA CRÍTICA—5

ran indiferentes cumplirse el destino. Diríase uno de esos ídolos tallados en un trono de mandrágora en cuyo nombre las razas salvajes se lanzan á la lucha. El trono donde se sienta tiene algo de altar; á su lado un verdugo inmóvil y silencioso espera la sentencia...

¡Oh divina Salomé, amada por los espíritus torturados, por el raro poeta que supo cantar tu alma compleja, cruel y apasionada, por aquel otro héroe imaginario que en el exasperamiento de su neurosis buscó en el fango de París el raro enigma de tus ojos verdes, cuán bien supo interpretar Gustavo Moreau tu belleza de ensueño!

Y no solo Salomé, sino Leda, Pasifae de Creta, Calimante, Edipo, Prometeo, Hércules, Ariadna, Lucrecia, Orfeo, los Reyes Magos, Helena, Magdalena, las Quimeras, la Muerte, todos los seres misteriosos y magníficos que vivieron en el ensueño de los poetas, y en la credulidad de los pueblos, desfilan por sus cuadros en peregrina procesión. Porque Gustavo Moreau fué un poeta, un poeta suntuoso y exquisito que hizo de cada cuadro una estrofa del poema de la inmortal belleza. Los colores fueron sus rimas, la gracil elegancia de las figuras el ritmo del verso.

No solo pintó inspirado por asuntos mitológicos sino que trazó poemas de gloria de fe y de ensoñadora poesía. Una de sus más bellas obras es el «Triunfo de Alejandro».

Sobre el prodigioso escenario de una India imaginaria, en un pequeño valle compendio de civilización desconocida y turbadora, sobre el raro fondo donde se alzan templos de fantástico decorado, terribles ídolos, lagos santos y se abren subterráneos. plenos de misterios y terrores, yérguese un trono inmenso de soberana belleza y sobre él, el joven rey conquistador contempla el pueblo, vencido de admiración y miedo posternado á sus pies. Y el alma griega, esplendorosa, triunfa en las regiones lejanas, inexploradas, de ensueño y de misterio.

De inspiración cristiana puede citarse la pintura, llena de arrobada poesía, titulada «Flor mística» en que el cáliz de nevado lirio sirve de trono á una imagen de María Inmaculada. Y que en torno de la figura todos los mártires que murieron por ella forman celeste coro.

Pero exceptuadas las Salomés, tal vez el cuadro más caracterizado del gran pintor moderno es el intitulado «Las Quimeras».

En salánico decamerón, isla de fantásticos ensueños se encierran todas las formas de la fantasía, del capricho, de la pasión en la mujer, la mujer en su esencia primitiva, el sér inconsciente, enamorado de lo desconocido, del misterio, apasionado del mal bajo la forma de una seducción perversa.

sa, diabólica. Ensueños de niño, ensueños sensuales, ensueños monstruosos y melancolías, ensueños que transportan las almas en las olas de los espacios, en el misterio de las sombras, todo lo que siente el vehemente ardor de los siete pecados capitales, todo se encuentra en aquella asamblea demoniaca, en aquel círculo de vicios y de culpables ardores, desde el simple conato, al placer inocente, hasta las flores monstruosas y fatales que nacen en los abismos... Son teorías de Reinas malditas que acaban de escuchar el maleficio de las palabras de las serpientes fascinadoras; son seres, cuyas almas han huído presas de horror, que aguardan al borde del camino, el cortejo de la Lujuria para posternarse á su paso; son solitarios sombríos en sus ensueños de orgullo, de envidias aisladas en su hermetismo bestial. Mujeres alucinadas ó quimeras que les remontan á los espacios para dejarles caer locas de vértigo y de horror.

Las Quimeras sombrías, terribles y mortales. Quimeras de Espacio, de Agua, de Misterio, de sombra y de ensueño.

A lo lejos yace muerta la ciudad de soñolientas pasiones.

Y esa ciudad es la vida; la vida real, la verdadera vida la que ocultan sus muros.

Pero vías monstruosas, rígidos caminos se tienden en raras luciferaciones y unas figuras lacias, murientes, temblorosas, suben, suben, cogiéndose á las asperezas de las rocas. Y, quizás en ese esfuerzo supremo, hercúleo, sobrehumano conseguirán elevarse lo bastante alto para no contemplar sino el cielo puro y azul. Quizás, llegarán hasta la redentora cruz que su alma, humilde y fiera á un tiempo, sobre el firmamento, quizás, perecerán en el esfuerzo supremo de su sér para vencer el sueño fatal de dolor y muerte.

La muerte de Safo ha inspirado á Moreau una bellísima composición que Jean Lorrain el gran maestro de la decadencia describe así:

La divine était morte; entre les vagues noires
De ses longues cheveux d'ombre étendue et les yeux
Clos á jamais, Sapho, cadavre harmonieux,
Gisait sous la falaise au pied des promontoires.

Daus des clartés de guine et des frisons de moire
Montait la calme lune et ses rais lumineux
Trempeaient l'eau transparent, où la fille des dieux
Dormait, les bras croisés sur sa lyre d'ivoire.

Au loin, au pied des ros, pareils á des phaenés,
Des goëlands neigeux, qu'argentait un rafoc
Se croisaient, puis fuyaient come un flot d'ombres varies

Atrires vers la Morte ouí, pále vision
Un grand oiseau de mer mouvant deux ailes blâmes
Planait, speetre ébloui de ces vivants poèmes.

Tal es la obra de Gustave Moreau. Una peregrina alian-
za de pintura y poesía, un poema escrito con pinceles.



LETRAS EXTRANJERAS

Cristina G. Rossetti

por E. Díez Canedo

El poeta italiano Gabriel Rossetti, de musa tumultuosa y revolucionaria, refugióse en 1824, fugitivo de su tierra de Nápoles, en la capital de Inglaterra. Converso al protestantismo, escribió en defensa y loor de su nueva religión diversas obras de polémica y poesía, y en un extraño comentario sobre el Dante, que llegó á ser famosísimo, presentó al autor de la «Divina Comedia» como un precursor de la Reforma. Casado Gabriel Rossetti con una inglesa descendiente de italianos, entre los varios hijos que de ella tuvo, dió el ser á los que serían dos poetas de los más preclaros de su tiempo. Dante Gabriel, el poeta y pintor, jefe de los pre-rafaelistas ingleses en las dos artes á las que consagró su vida, logró inmortalizar su nombre. Más recogida es la fama de Cristina, dos años menor que él, la más joven de cuatro hermanos, nacida en 1830 y muerta en 1894.

De cómo era en su edad temprana, no hermosa, llena de dulzura y espiritualidad, puede dar idea la figura de María en el cuadro de Dante Gabriel «La adolescencia de la Virgen», para el que sirvió de modelo. El lápiz fraternal la retrató también, junto á su madre, en un hermoso dibujo que se ha reproducido muchas veces.

A los diez y siete años vió Cristina impresos sus primeros versos en un tomito que salió de la imprenta privada de su abuelo materno, Gaetano Polidori. Era en 1847 y tres años después daba á «The Germ», periódico fundado por los pre-rafaelistas para defender sus teorías de arte, algunas poesías firmadas con el pseudónimo de Ellen Alleyn. En 1862 dió al público su primera colección poética: «Goblin Market and other Poems» que fué acogida con entusiasmo y le granjeó una estimación como ninguna poetisa inglesa, á excepción de Isabel Barret-Bravning, había de alcanzar.

Aquel delicioso cuento del «Mercado de los Duendes», lleno de fantasía y gracia, versificado con ligereza y fluidez personalísimos, era una obra de indiscutible originalidad. Apartábase de lo legendario en boga y aparecía lleno de frescura en una aureola infantil y popular. En las poesías que le acompañaban advertíase una fantasía propensa á la gravedad, inclinada á lo sobrenatural, visto unas veces de manera juguetona, como en los duendecillos que venden sus frutas mágicas, y otras con desencanto y melancolía, como en la composición «En casa» que damos traducida, con algunas más, á continuación de estas notas.

En 1866 publicó Cristina «The Prince's Progress and other Poems.» En «El Viaje del Príncipe» cántanse las peripecias y aventuras fantásticas del doncel que corre tierras en busca de la mujer á quien ama; es menos original en su composición que el «Goblin Market», pero ofrécesenos en él toda la inspiración de la poetisa en plena madurez, eminentemente lírica, acaso con una escondida intención mística. Cristina Rossetti, que se dedicó por entero al cuidado de su madre, muerta en edad avanzada; Cristina Rossetti que por motivos religiosos rechazó á dos pretendientes á su mano, que no eran protestantes como ella, prefiriendo el celibato para toda la vida, tenía una profunda piedad que se tradujo en gran número de obras de devoción. A través de toda su obra fluye un sentimiento religioso, de renunciamiento y austeridad. No faltan en sus versos notas apasionadas, como la serie de sonetos que tituló «Monna Innonimata» y son la mejor presea del tomo «A Pageant and other Poems» que vió la luz en 1881; pero aun en la pasión que revelan estos versos, de carácter autobiográfico, predomina una concentrada reserva que la santifica y la hace inconfundible.

Como un sentimiento maternal anima la deliciosa colección de poesías infantiles, magníficamente ilustrada por Arturo Hughes, que se publicó en 1872 con el título de «Sing-Song, a Nursery Rhymebook.» Otra obra suya que contiene poesías de gran mérito es «Time Flies a Reading Diary» colección de pensamientos piadosos en prosa y verso, con tanta poesía como piedad. En ellos, como dice Arturo Symons, Cristina Rossetti «no predica, reza.»

El mismo crítico, refiriéndose ya á la forma, escribe lo que sigue: «El secreto de este estilo—inconsciente, al parecer, de su propia belleza—es, sin duda, la sinceridad que motiva el empleo de palabras caseras allí donde las palabras caseiras son necesarias, y siempre de palabras natural y verdaderamente expresivas; porque no es la sinceridad sola, sino la sinceridad al servicio de una naturaleza rica en matices y especialmente «vidente.» Y Gualterio Raleigh la define así:

«Tiene la cualidad que es más rara, la de expresar sentimientos profundos con palabras tranquilas y perfecta cadencia musical.»

Cristina Rossetti hubiera sido una Santa Teresa si su religiosidad en vez de mantenerse en una rígida reserva se hubiese desbordado, en fuego en acción. No presenta el acusado atavismo italiano que es una de las cualidades distintivas de Dante Gabriel; en ella parece haberse concentrado todo lo que había de inglés en sus ascendientes. Únicamente sus sonetos responden más á la concepción italiana que á la tradición del soneto inglés.

*
* *

Poesías de Cristina G. Rossetti

CANCIÓN

por Trad. de E. D. C.

Si muero, canciones tristes
no cantes, amado mío,
ni sobre mi tumba plantes
rosas ó ciprés sombrío.

Cúbrame yerba, de lluvias
y rocío humedecida...
Y tú, si quieres, recuerda,
si quieres, olvida.

Yo no sentiré la lluvia,
ni la sombra he de gozar,
ni al ruisñor, que parece
dolorido, oiré cantar.

En la penumbra sin alba
ni ocaso yo soñaré;
y allí, recordaré acaso,
quizá olvidaré.

CUESTA ARRIBA

—¿Es cuesta arriba toda la encumbrada senda?—Toda, hasta el fin. Verdad te digo.

—¿Y dura todo el día la jornada?

—Hasta la noche, desde el alba, amigo.

—¿Y hay lugar de descanso en esa altura?

—Techo hallarás en cuanto caiga el día.

—¿No me lo esconderá la noche oscura?

—No, nadie se extravía.

—¿Y otros viajeros hallaré á su amparo?

—Los que hayan ido antes que tú.—¿Y abierta me será la mansión sin más reparo si llamo?—No estarás mucho á la puerta.

—¿Y alivio encontraré, laso y maltrecho?

—Verás el fin de tu fatiga ruda.

—¿Para mí, para todos, habrá lecho?

—Para todo el que acuda.

EN CASA

Después de muerta, volvió mi espíritu,
volvió á la casa familiar;

se regalaban los amigos
entre ramas llenas de azahar.

Iba de mano en mano el vino,
daban las frutas su dulzor,
todo era cantos, bromas, risas:
se tenían todos amor.

Oí sus pláticas tranquilas:

Uno: «Mañana hemos de andar
millas y millas, por monótonas
playas de arena, junto al mar.»

Otro: «El subir de la marea
ya en la cima nos hallará.»

Otro: «Mañana será un día
como el de hoy, mejor quizá.»

«Mañana» llenos de esperanza
decían: suyo era el placer.

«Mañana» todos repetían,
y ninguno hablaba de ayer.

En el cenit su vida estaba;
yo había dejado de ser.
«Mañana y hoy» clamaban todos:
yo era de ayer.

Temblé desconsolada, empero
nada en la mesa se estremeció;
triste de verme allí, remiso
para dejar á quien me olvidó,
salí del aposento amado
yo, que todo amor ya perdí,
como la memoria de un huésped
que sólo un día estuvo allí.

DE "SING SONG"

De la alondra el cantar
en el sol de los días estivales,
me hace pensar que el cielo está muy alto,
que en la tierra hay trigales.

Si canta el ruiseñor
á la luna de estío, en mi desvelo
yo no sé si la tierra es sólo tierra:
sé que el cielo es el cielo.

SOCIOLOGÍA

Conciencia social

por Carlos Cerrillo Escobar

Así como fué una minoría descontenta y rebelde la que concibió y caldeó en su seno el germen de cualquiera reforma, la obra del «genio» es también acogida en primer lugar por una minoría ó congregación de apóstoles que la guardan y sacarán triunfante de los embates de la reacción y las repulsiones del misoneismo de las multitudes, entre las cuales no tendrá expansión y arraigo la reforma sino á través de un extenso lapso de tiempo, y solo entonces se inspirará en ella la opinión colectiva de las masas y habrá hombres de talento y cultura que dirijan á éstas según el espíritu de la reforma.

Toda opinión considerada en su origen es individual; pero esto no excluye que actuando varios hombres, (á la vez ó sucesivamente), sus potencias cognoscitivas sobre un mismo objeto, formen de él opiniones que, sin dejar de ser individuales, guarden entre sí estrecha semejanza. Casos como éste nos presenta la historia del saber humano con suma frecuencia.

Es decir, que el espíritu colectivo no tiene opiniones originales. De aquí la trivialidad del vulgo y la vulgaridad de la opinión de las masas.

La conciencia colectiva es una proyección á través del tiempo y una dilatación en el espacio de la conciencia individual, y sus funciones están reducidas á conservar y á apoyar, unos en otros, los «lugares comunes» que constituyen su contenido.

Cuanto más original sea la labor intelectual de un hombre, más se aproxima éste al tipo «genio» ó más merece tal

calificativo; y cuanto menos original sea su labor, más él se confunde con la homogeneidad específica de las mayorías.

Cuando desde el cerebro en que germinará una idea extraordinaria da ésta principio á su expansión sobre la sociedad y halla hospitalidad entre los hombres, se torna, de «individual, en colectiva» y empieza á informar la conducta de la masa social. Pero semejante dilatación es despaciosas, tanto que las minorías reformadoras que acogieron en primer lugar las ideas de «un genio» podrán imponerse á la mayoría; pero no lograrán ver el alma del genio impresa en el espíritu de las multitudes. Las revoluciones son siempre la obra de la minoría cuya originalidad no puede acomodarse á condiciones tradicionales no calculadas por ella y no adaptadas á ella; la mayoría no la sigue sino á su pesar y contra su gusto, á menos que no haya sido en el transcurso de varias generaciones conducida poco á poco á sentir que el estado de cosas existente ha pasado de sazón, se ha gastado y no tiene ya razón de ser»; (1) es decir, cuando los nuevos ideales han sustituido á los viejos en la conciencia de la mayoría.

Hay en las multitudes una constante aspiración al mejoramiento y una vaga esperanza de que vendrá «el genio salvador» que las redima de los malestares del presente; pero, al mismo tiempo, no puede negarse, de modo alguno, que son también las multitudes «misoneístas» en sumo grado y opuestas, por lo mismo, á las innovaciones que habrá de imponer el reformador apetecido. Todos desean y presienten el advenimiento del «hombre providencial»; pero son muy pocas las personas que cuando aparece le reconocen y acatan.

Por su «sentimiento mesiánico» el vulgo confía en la venida del necesario redentor; más, por su horror á toda novedad transcendental y apego á la rutina, si él redentor se presenta procura crucificarle.

Es aquel sentimiento: una manifestación de la individualidad aplomada é inepta que tiende sus manos en todas direcciones en busca de bienhechor escapulario del cual asirse para que le saquen del doloroso purgatorio del presente, y es, á la par, la pesadumbre de lo especificado, sobre la voluntad, en acción de contrarresto contra todo es-

(1). Nordau. «Psico-fisiología del genio y el talento.

fuerzo de renovación. Es, acaso, la forma en que protesta la «especie» contra todo «tipo» nuevo: es toda la suma del pasado, que constituya «lo presente», oponiéndose á la creación de «un porvenir.»

De aquí el tradicionalismo de las multitudes. Si por ellas fuera, estaríamos aún en el génesis de la humanidad. De aquí también la tarda infiltración en la conciencia pública de los ideales nuevos.

Hay que admitir, sin embargo, el concurso de cierto factor social en la generación de la opinión; pues sea cual fuere el grado de conocimiento en que el individuo se halle en cualquier momento de su vida, en gran parte lo debe á la sociedad, (lectura, educación, herencia, medio ambiente).

Citaremos, á propósito, las siguientes palabras de Th. Ribot: «Por individual que sea la creación, encierra siempre un coeficiente social. En este concepto, ninguna invención es personal en el sentido riguroso de la palabra: hay siempre algo de esa colaboración anónima de la que la actividad mística es la más alta expresión.» (1) La opinión colectiva, por preponderante que sea, de una sociedad minera, por ejemplo, sobre asuntos de la vida interior de la misma; ni de una congregación religiosa sobre cuestiones de su incumbencia peculiar, etc., no puede llamarse «opinión pública.»

A nuestro entender, «opinión pública», es la colectiva correspondiente á toda sociedad que tiene: por su elemento simple, á la familia; por objeto, la cooperativa realización de todos los fines de la vida. Así, pues, el municipio la provincia, la Nación, y el «organismo internacional», mal definido aún, pero bien perceptible.

La importancia que, extensiva é intensivamente alcanza la cultura popular en nuestro tiempo; la facilidad con que hoy se adquieren y transmiten datos de vasta información, aún á través de distancias enormes; la participación que los principios democráticos han hecho que tome la masa general de los pueblos adelantados del globo en el juzgar de los conocimientos sociológicos; la reacción operada en el mundo filosófico contra el intelectualismo abstracto, la ciencia dogmática y el juzgar apriorista, son concausas, por una parte, de que la opinión pública se expanda

(1). Ensayo acerca de la imaginación creadora.

sobre innumerables y complicados asuntos, sea laborada por grandes concurrencias, resulte de altura intelectual estimable, y tenga una eficacia poderosa; y por otra, de que los intelectuales se fijen atentos en ella, indaguen su contenido y la constituyan en objeto de conocimiento científico.

Las sociedades, como los individuos, viven siempre bajo un estado actual de opinión, y en sus opiniones inspiran su conducta. ¿Pero han de ser emotivas en grado conveniente para que la voluntad social llegue á concretarlas en estados positivos, en creaciones singulares?

Quizá en los individuos exista la «mera» representación mental, sin fuerza reobranante; pero en las sociedades no. Todo estado colectivo de conciencia es eficaz, en grado mayor ó menor, aunque su eficacia se determine solo en impulsar al grupo correspondiente á realizar una acción negativa. En la conciencia pública no existen aquellas ideas estáticas, de mera presencia, que Fuillée llama «ideas-sombras.»

Bien puede afirmarse con aquel filósofo, respecto del espíritu social, que «todo estado de conciencia es fuerza motriz;» y la opinión pública es siempre un estado de conciencia social.

Precisamente semejante virtud dinámica es una de las características de la opinión pública.

La sociedad, como hemos dicho, informa siempre su conducta en aquella opinión, y no cesa de realizar de ella, en serie continua de actos, «lo que la permitan» las tracciones opuestas del progreso, (que se determina en las creaciones de los hombres modeladores de nuevos órdenes de sociedades, y del espíritu conservador característico de la inmensa mayoría de la masa social, que vive del pasado y para perpetuar el pasado.

Aspiraciones, tendencias, corrientes, gustos, etc., son otros tantos estados, ó grados más bien, de la pública opinión. Pues aunque bajo aquellas denominaciones solo veamos, á primera vista, maneras de la potencia emotiva del espíritu colectivo, todas ellas significan una respectiva idea, más ó menos comprensiva, de «algo» que «puede llegar á ser» y un deseo que tenemos de que á esto llegue; y, por virtud de nuestra substancial actividad obramos en favor de tal realización.

Desde la inclinación menos perceptible del ánimo público hacia una idea, hasta que ésta se realiza, bajo infinitos aspectos, por la sociedad, la conducta colectiva no tiene solución de continuidad en la realización emprendida.

Se presenta una calamidad pública en una determinada nación; v. g., una epidemia, y en el país nace inmediatamente la idea de limitarla, respecto al espacio y de extinguirla, respecto al tiempo y, simultáneo con tales ideas, hay en el ánimo público un deseo más ó menos vivo y espoleante de realizarlas; pues bien: ni un solo instante cesa ya la actividad social en la marcha que hacia dicha realización emprende.

Esto es innegable, aunque sea de todo punto imposible trazar el itinerario que la colectividad ha seguido para realizar el fin que se propuso.

De tal labor, aparecen solamente á nuestras primeras miradas, cual otros tantos jalones que indican el camino recorrido por la sociedad, las reglas de derecho que se dictaran; las medidas de gran aparato que se pusieran en práctica: (cordones sanitarios, grandes desinfecciones, etc.); los grandes actos colectivos realizados; (manifestaciones, en la vía pública, rogativas, en los templos, etc.); pero si se observa bien, no dejará de verse que las lagunas que á la primera vista se presentan entre estos puntos salientes de la conducta social, están «llenas» por series no interrumpidas de menos perceptibles y resonantes episodios.

La pública opinión informó la prensa periódica; la conversación en las esferas del trato social; los acuerdos de los organismos de gobierno; (ayuntamientos, diputaciones provinciales, etc.)... ¿Quién es capaz para ir señalando, como con un puntero, la línea ondulatoria trazada por la conducta social al ir encauzando la opinión pública?

Y esto que sucede con la opinión respecto de asuntos de carácter nacional, sucede, asimismo, respecto de otros que corresponden á una esfera más limitada; pues, como ya hemos indicado, hay opinión pública local, provincial, etc., y de la evolución de la opinión pública, en cualquiera de estos campos, solo descubrimos al pronto las manifestaciones de relieve; pero relativo, por supuesto, á la colectividad á quien corresponda la opinión que sea objeto de nuestra consideración.



FEMENINAS

Figuras de Tanagra

por Rafaela S. Aroca

El nivel intelectual de una edad pasada, lo podemos juzgar por las obras artísticas que nos haya dejado.

Un ilustre profesor decía que «la pintura es un coloquio y la escultura un soliloquio.» La escultura debe representar la idea.

La teoría analítica la fundó Sócrates, y él dice que la escultura le había inspirado los principios fundamentales de su filosofía.

La escultura fué el arte de la antigüedad.

Sin remontarnos al gran arte, estudiando solamente las figulinas, esa manifestación artística cultivada con tanto éxito por los artistas de todas las épocas, podemos apreciar el grado de perfección y belleza á que ha podido llegar la escultura, y el refinado buen gusto de los tiempos antiguos.

Para perpetuar un hecho glorioso, para honrar á un héroe, para inmortalizar á un sabio ó glorificar á un poeta, desde los tiempos más remotos hubo artistas que esculpiesen estátuas, y pueblos que las costeasen. Pero en estos momentos, no se pueden estudiar la vida, las costumbres, el alma, por decirlo así, del pueblo.

Pero sí la podremos estudiar y conocer sus costumbres y ocupaciones habituales en las figulinas en la escultura de género, como la pudiéramos llamar. De ella se conservan bellísimos ejemplares.

Los pueblos egipcios estaban verdaderamente llenos de estatuillas en diversas actitudes, según representaban al individuo en el ejercicio de sus ocupaciones, ya descansando ó bien entregado á cualquiera de sus diversiones favoritas. Estas figurillas son admirables por el realismo con que están representados, tanto, que toda la vida del pueblo egipcio puede estudiarse en las representaciones artísticas que nos dejó en sus tumbas.

El pueblo griego, que es pueblo artista por excelencia, se elevó á gran altura en éste arte pequeño.

En Mirina, donde las figuras más bellas son posteriores al período alejandrino, representan mujeres cubiertas con largos velos, unas, y otras con sombreros y abanicos, pero todas ellas con esa graciosa coquetería en el movimiento general de la línea, que las hace verdaderamente encantadoras; muchachos jugando con movimientos violentos, notándose en ellos como un recuerdo del arte asiático, pasional y expresivo.

En Tanagra, ciudad de la Beocia, el estudio de estas figuras es de verdadero interés. Estas estatuillas se ven con mucha frecuencia desnudas, ó vestidas con gran sencillez y nobleza. Su estudio es de gran importancia porque nos da á conocer la vida familiar y los juegos favoritos de aquel tiempo.

Estas obras, por su género, pertenecen al estilo gracioso y elegante de Praxiteles. Sus autores se llamaban *coroplastas*.

Cuando se encontraron en las excavaciones hechas en las necrópolis, llamaron poderosamente la atención. Su principal atractivo consiste en que á diferencia de las estatuas clásicas que son obras que nos hablan el lenguaje elevado de los seres olímpicos, de los ideales de aquella raza, ya muertos ó debilitados para nosotros, éstas figuras nos dan el reflejo intenso y palpitante de lo que debía constituir la vida meridional sentida y alegre, tal como pudo ser vivida y apreciada por el artista.

Como la fotografía impresiona instantáneamente una imagen, así de espontáneas son estas figurillas observadas por el artista, que fija y ejecuta en el barro la imagen que á él le impresionó en el natural.

Como éstas figuras eran como ofrenda á los difuntos ó exvotos, sin duda que el hacerlas de barro era por la creencia de que el hombre ha sido hecho de barro y de que volveremos á la tierra.

Estas figuras alegres representando escenas de la vida, representa cada una la ocupación que tenían. Para muchos arqueólogos, las mujeres, son las representaciones de las esclavas que sacrificaban sobre el cadáver de las personas principales. Junto con estas figuras, se han encontrado en las necrópolis y en los templos, depositados también los atributos ó útiles que empleaba el difunto cuando vivía.

En la Grecia, en tres puntos se encontraban éstas figuras: en la necrópolis, en el templo y en la casa.

«Es Tanagra,—dice un infatigable viajero discípulo de Aristóteles,—ciudad hermosa, sus calles escalonadas, sus casas pintadas. Las mujeres son más inteligentes que los hom-

bres. Tenían las mujeres el pelo rojo, su tipo gentil, el paso rítmico; vestían con gran lujo y un gusto exquisito, calzaban un calzado rojo y tan ceñido que se dibujaba el pie.» Y estos caracteres de gracia y delicadeza, los vemos representados en esas encantadoras figuras de Tanagra.

Estas figuras se hacían en un molde, que no se volvía á utilizar; cuando se sacaban del molde, se repasaban con los palillos, se les daba un baño blanco de yeso, y por último se metían en el horno. El baño blanco servía de esmalte ó preparación para pintarla lo que se hacía después de cocida la figura.

Tiene gran importancia la pintura de éstas figuras, pues que sirve de lazo de unión entre el arte escultórico antiguo, y el arte pictórico posterior.

Olivo sagrado

por Magdalena S. Fuentes

Mario Garceya estaba convencido de que su drama iba á quedar inédito por no hallar un desenlace digno de su trama genial.

¡Que abrumadora es la lucha entre el sublime esquema de la concepción artística y la rebelde perfección de la forma externa! ¿Tuvo que entablarla Shakespeare? ¿vaciló alguna vez la mente de Ibsen dudando de su fuerza creadora?

Mario se preguntaba todo esto, y, sentado ante una humilde mesa de trabajo, forzaba su imaginación. No bastaban á distraerle los efluvios de primavera que ascendían del cercano jardín, ni los ecos de una melodía dulce y soñadora que interpretaban las aristocráticas manos de su vecina, la marquesita de Azlor, ni siquiera el continuo oscilar de su lámpara siempre que una ráfaga de aire enbalsamaba el modesto despacho.

A veces bebía con impaciente exaltación la dorada cerveza, que escanciaba automáticamente en una copa; á veces emborronaba cuartillas, que rasgaba después con desprecio.

¿Por qué el leve roce de unas alas impalpables le impulsó á seguir con interés los raudos giros de una mariposa, semejante á una flor alada, á una blanca gardenia, dispuesta á trancar con las libélulas, como la rosa de Catulle Mendes y que quizá venía á traerle un beso ó un suspiro de alguna pasión oculta?

Pero la mariposa no se contentaba con rozar los dorados cabellos del artista; atraída por la luz, tras giros vertiginosos en torno del tubo de la lámpara, cayó dentro y si el joven no hubiese volado en su auxilio, hubiera muerto tan prosaicamente, como la mayoría de sus compañeras.

Mientras el literato la contemplaba y extendía con mimosa solicitud sus irisadas alitas sobre una cuartilla á medio escribir, una voz tenue, que brotaba de aquellos pétalos alados, murmuró:

—No me negarás que hay genios caprichosos, pues soy uno de ellos. Sin tu intervención, mi locura de un instante pudo hacerme perder mi sutil envoltura, y anhelo recompensar tu altruismo.

Mario no se asombró. Plagiando instintivamente á Anatole France, pensó que nada más natural que en torno del trabajo de un poeta revoloteen genios alados y dió libertad

á la mariposa, que pasó rozando sobre la espuma de la cerveza.

—He ahí mi dón,—prosiguió deteniéndose un instante sobre el hombro de una diminuta copia de la Venus de Milo;—al apurar el último sorbo de tu copa, aunque la cerveza que bebes es tan ínfima, podrás realizar el deseo más quimérico, la ilusión más halagadora.

Y desapareció en el fondo obscuro del jardín, que se destacaba tras la ventana abierta.

Mario sonrió; vislumbraba un porvenir espléndido; deslumbraría á los necios contundidos entre el polvo de oro, que levantaría su carroza de moderno sibarita... Pero... ¿lograría ser dichoso convirtiéndose en una potencia financiera, él que se creía capaz de imitar á Tolstoi y aun de aventajarle en excentricidades filantrópicas? ¡Imposible! y volvió á beber indignado de su ofuscación. Siendo poderoso ¿cómo no compartir la dicha con sus compañeros de cadena, con los literatos, por ejemplo?... no; en esa redención benéfica debían entrar los artistas todos y ¿por qué no los pobres; la humanidad entera? Con el último sorbo de cerveza redimiría nuevamente á los hombres, alcanzándoles la terrena felicidad.

Sin embargo, contagiado de nebulosas dudas filosóficas se preguntó en qué estribaba la dicha... ¿en el bien?... ¿en la belleza?... ¿en el amor?

Influido por estudios de alta psicología amorosa se reprochó sus vacilaciones decidiendo que, al apurar la copa de cerveza, realizaría su ideal afectivo; y por algunos instantes su voluptuosa fantasía revoloteó en busca de la mujer ideal. ¿Sería una adolescente, esbelta y grácil como una figulina de Tanagra? ¿elegiría otra, capaz de competir con los plásticos modelos de Rubens? Todo esto resultaba muy vulgar á un artista bastante poderoso para proporcionarse un placer digno de los dioses y pensó que nada tan tentador y original como animar á la hermosa de hielo, ver á la Venus, á aquella miniatura que tenía sobre sus emborronados papeles, convertirse en palpitante é inmortal belleza, que le brindara un amor eterno.

Y fué á realizar su ilusión; más la cerveza, al par que la mágica virtud, había adquirido un sabor tan exquisito, que Mario la fué saboreando lentamente, á pequeños sorbos, mientras se recreaba en amorosos deliquios, tras los cuales en su alma, contagiada de la duda mortal, que todo lo enerva, surgieron recelos acerca de la verdad de la dicha cifrada en el amor y se confesó riendo que iba á pedir muy poco, puesto que con su varonil apostura y su genial talento, podía ser y había sido casi siempre el ídolo de las bellas. Ciertamente que sin el mágico poder no alcanzaría el amor de la marmórea deidad; mas si realizaba hasta ese ensueño ¿qué quimera iba á reservarse para las noches de insomnio y para los crepúsculos poéticos?

No había duda; ni riquezas, ni amor, ni poder merecían llenar por completo su existencia de bohemio artista.

Por eso, desinteresado como un heleno, altivo como un vencedor olímpico, sacrificó los tesoros materiales á la rama inmortal de olivo sagrado y pidió al geniecillo alado una idea, sólo una idea pues confiaba demasiado en el triunfo de su inspiración para mendigar la inmortalidad que le alcanzó su obra.

Desde mi ciudad, agradecida á cuantos acuden presurosos á admirarla, vuela á España mi pensamiento, que cortésmente acoge, un periódico muy querido, donde colaboran plumas valerosas, y dónde su hermosa directora se place en dejar espacio para mis humildes trabajos, pues también la graciosa «Colombine» ha visto Venecia, la seductora reina del Adriático, cuyo arte sublime admiró, con la sensibilidad exquisita de las mentes superiores, sintiendo hondamente la poesía, como todas las almas delicadas.

Y á Venecia vinieron muchos hijos ilustres de España, á honrar con sus obras las exposiciones de arte, á dejar entre nosotros la visión grata de sus figuras, de sus acciones caballerescas, muchas españolas, de ojos grandes, luminosos, se llevaron consigo al partir, sonrientes, el asombro que nos causaba su belleza divina, su gracia hechicera. Pero también ellos conservarán el recuerdo de esta ciudad, tan amada, irradiadora de luz deslumbrante, de arte, de poesía, porque los templos y los palacios soberbios, milagros de hermosura, desafían las iras del tiempo, que no se atreve á contender con ellos, y hablan de pasados poderíos y de caídas grandezas. No es posible olvidar el encanto de un bello crepúsculo, que se contemple desde esta laguna, cuando el sol besa las cúpulas brillantes de oro, y dibuja de líneas ardientes, cegadoras, la ola que refleja el cielo rosado por sus últimos resplandores.

Las callejuelas tortuosas, los canales oscuros, las casitas modestas que forman raro contraste con los soberbios palacios de ricas arquitecturas, la laguna azul que besa los templos, las moradas, surcada de góndolas negras, silenciosas, de vapores colosales y esbeltas canoas, dan una nota característica á la ciudad única en el mundo.

Venecia cuenta ahora con una nueva atracción. «El Lido». El Lido que siguió gradualmente poderosa evolución. Hace pocos años, esta isleta, tenía desnuda la playa y solitaria la

campiña; en la actualidad es una de las más ricas é importantes estaciones balnearias. Alejándose en pleno día, del centro de la ciudad, para dirigirse al Lido, admírase el vago semicírculo de pequeñas islas que parecen surgidas por mágico encanto del agua, y en los ojos impregna el espectáculo sorprendente de todas aquellas armónicas bellezas de Venecia, acariciadas por la luz, como un niño por mano amante de madre.

Si atravesáis en cambio la laguna, en la quietud profunda de las noches estrelladas, creeréis oír palpitaciones que se desprenden del universo espléndido, y vuestra alma soñará entonces, hechizada por la magia de la poesía que flota en el aire, de la grata confusión de luces y sombras, del eco dulce de murmullos imperceptibles entre el aroma de los perfumes.

Son besos de la luz que desde lejos
á veces se prodigan las estrellas
son temblores que agitan los océanos,
vibraciones dulcísimas y bellas.

¡Cuánta poesía en tan breve espacio! ¡El pensamiento se extravía en el confuso dédalo de recuerdos y esperanzas, ó se mece en las suavidades del presente! Así, recogidos en vosotros mismos, experimentar la sugestiva dulzura de aquella hora majestuosamente solemne en que el amor camina por anchurosas sendas bordeadas de rosales, y el corazón se ve inundado por acres amargas, ó alegrías serenas, profundas.

Una vez atravesada la laguna, cuando desembarcáis en el Lido, os aguardan tranvías eléctricos que conducen al gran palacio Excelsior, ó al establecimiento balneario, al que se llega por una avenida flanqueada de sombríos y grandes árboles, detrás de los cuales se levantan semiocultos por el ramaje, hotelitos de coquetona apariencia, cuyos balcones están cubiertos de flores. De pronto el vehículo se detiene ante un edificio inmenso, rodeado de parques magníficos. ¡En torno suyo, verdadera baraúnda de bicicletas, tranvías, coches, automóviles!... Esta vida, constantemente febril, estos miles de forasteros, hacen el mejor elogio de nuestra estación balnearia. El tranvía os lleva hasta la puerta de entrada del gran establecimiento, embellecido por fuentes que lanzan chorros altísimos de agua límpida; pasáis entre dos hileras de elegantísimas tiendas, atestadas



de objetos de arte y de lujo; atravesáis la sala de conciertos y la larga galería que da al mar, y os halláis bajo la amplia terraza á cuyos pies llegan murmurando las olas del mar, jamás embravecido. Allí arrancan de sus violines notas que conmueven, que exaltan, tziganes de oscura tez y pelo negro, ensortijado, allí se reúne un mundo cosmopolita y elegante; graciosas damas, hombres serios, artistas, diplomáticos y ricos burgueses; todos gozan del lugar de cita, genialmente ideado, y del espectáculo estupeiando en que, sin cansarse se recrean. Sobre la terraza, admiré muchas veces los ojos negros, grandes, luminosos, los cabellos sedosos, relucientes, los cuerpos flexibles, ondulantes, de españolas que atraían las miradas á quienes seguían con tradicional cortesía orgullosos tipos de varonil belleza.

Si preferís dirigiros al Palace Excelsior, por el largo paseo que alegra el mar, os encontraréis ante un hotel que con razón puede llamarse uno de los mejores del mundo.

El «Excelsior Palace Hotel» es de estilo morisco y bizantino, mide 200 metros de anchura y 35 de longitud. Cuenta con amplios y lujosos salones de lectura, de billar, y de juego; un vasto Kursal, y centenares de habitaciones dotadas de todas las comodidades del moderno «confort». Durante la temporada balnearia, ofrece los recreos, las distracciones más diversas.

Lo han construido hombres de ingenio y de talento, los artistas mejores que han nacido en Italia. Entre los arcos moriscos y las columnas de granito, desde terrazas y galerías, la vista goza de un panorama asombroso, de una apoteosis de luz y armoniosa poesía que encanta. La mirada abarca á un tiempo los prados verdequeantes, y los jardines que rodean los hotelitos solitarios. Más allá, en la parte opuesta, se contempla la laguna envuelta en nimbos de luz, y por fin, semioculta en la penumbra, Venecia magnífica, seductora, que se yergue orgullosa, mostrando para admiración de todos, las cúpulas, doradas, refulgentes, de sus palacios mármoreos.

Hacia la izquierda, domina el mar de confines invisibles, amado de todos, por la poesía de su ola azulada, en la claridad del día, y brillante, con reflejos metálicos, en la negrura de la noche. Le aman también porque es muy dulce pasear la mirada sobre él, porque es muy bello lanzar el pensamiento por las regiones ilimitadas de los sueños.

Así dice el poeta Baudelaire:

«Hombre libre que amas el mar.—El mar es tu espejo, contemplas su alma en la ola que constantemente nace y tu espíritu se mece sobre un piélago profundo.—Y como el

alma humana que en las luchas y dolores atroces lanza un grito de suprema angustia, así, tú, oh mar, vasto y negro, exhalas tus quejas mugiendo rudamente, cuando rebelde desatas la tormenta».

Y como el alma humana, feliz en sus íntimos goces, en sus embriagueces inefables á quien Dios ha otorgado un himno grandioso, tú también, oh mar, tienes en tus inmensidades azules iridescencias de gema, besos de olas tranquilas. Yo, desde este mar Adriático, que refleja la inmensidad de los cielos, lanzo mi pensamiento por las regiones del ensueño y le mando que vuele á la España caballeresca y seductora á entregar en mi nombre, en el de Venecia, «un recuerdo, un saludo, una promesa de amor y simpatía eternas.»

PUBLIGACIONES RECIENTES

Libros

Reglamentos y demás disposiciones vigentes para toda clase de oposiciones que se anuncien por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y por los Rectorados de las Universidades, seguido de varios modelos de instancias, oficios, anuncios, actas, nóminas, etc., por Luis Alvarez. Alcayde abogado y empleado en la Secretaría general de la Universidad Central. (Autorizada su publicación por Real Orden del 3 de Octubre de 1908.)

Es un libro de verdadera utilidad aquí donde el continuo tejer y destejer hace casi incomprensible el laberinto de nuestras Leyes. El señor Alcayde ha realizado una obra de paciencia con su recopilación que agradecerán profesores y opositores; pues esta vez es cierto que ha venido á llenar un vacío y satisfacer una necesidad.

*
* *

Nociones de Terapéutica General, por Manuel Márquez.—
Madrid 1906

El sabio catedrático de terapéutica en la Universidad Central, Doctor Don Manuel Márquez, ha publicado un volumen que tiene grandísimo interés; no sólo para los alumnos de dicha asignatura, sino también para los médicos y profesores, que quieran poseer un conocimiento completo de tan importantísima materia.

Generalmente los libros de terapéutica, especialmente los modernos, apenas se ocupan de esta importantísima parte, atendiendo principalmente á catalogar el sinnúmero de remedios que la experimentación ha dado por buenos en determinados casos, pero sin atender lo que debieran á la parte general: guía infalible del verdadero médico.

Para obviar este inconveniente, es por lo que el Doctor

Márquez, ha escrito este admirable tratado. Para ello ha tenido que luchar con infinitos inconvenientes que ha vencido á fuerza de inteligencia y de saber.

La prosa de este libro es sobria y justa huyendo del rebuscamiento y la afectación tan fuera de lugar en los libros científicos; lo que denota en su autor un alto espíritu, y además un excelente conocedor del idioma.

En suma que el libro del Doctor Márquez, es de los que honran al país donde ven la luz y aportan, además, una gran serie de conocimientos, prodigados en sus páginas con magnánima liberalidad. Nosotros felicitamos al joven y sabio profesor, deseando que su ejemplo cunda para bien de la patria y de la ciencia.

*
* *

Bajo el Cielo de Manila por Felipe A. de la Camara

Con este título ha publicado el inspirado escritor granadino una bella colección de cantares andaluces, impregnados de la poética tristeza que el alma árabe perpetúa en nuestro pueblo.

Véanse algunos de ellos que elijo al azar y forman su mejor elogio.

Una cuna en que soñar,
una madre á quien querer,
una esposa á quien amar,
un hijo á quien complacer,
y un hoyo en que descansar...
¿Quién más puede apetecer?

—

Al mes de haberla enterrado,
la tierra hundida noté.
Parece que me decía:
¡Aquí cabes tú también!

—

Los besos que dan los hijos
¿quieres saber á qué saben?



Si Dios no te los ha dado,
¡pregúntaselo á tu madre!

—
Desde que el progreso avanza,
han dado en decir los hombres
que viene la dicha en carro
y la pena en automóvil.

*
* *

Las amistades Peligrosas, por Ch. de Lados.

Difícil es por medio de cartas hacer un estudio psicológico de varios personajes que caracterizan una época con sus virtudes y sus defectos, pero Lados, gran conocedor del corazón humano, y más aún de las costumbres de ciertas clases de la sociedad en que vivía hizo una primorosa obra que puede colocarse sin inconveniente al lado de los clásicos.

*
* *

El Fango por Gererin Ginisty.

Hasta dónde puede llegar la perversión moral de una mujer dominada por el erotismo es el tema de este libro interesante que recuerda en más de una ocasión el atrevimiento realista del inmortal Emilio Zola.

*
* *

Se acabó el amor, comedia satírica en cuatro actos de Roberto Bracco.

El nombre del gran autor italiano nos releva de hacer su elogio. La traducción de don Carlos Costa, es esmeradísima y conserva la frescura y la belleza del estilo literario.

*
* *

Obras Galantes, por los más renombrados cuentistas italianos de los siglos XIII al XVI.

Los cuentos que contiene este volumen son originales de

los autores que empezaron á dar forma á la entonces naciente literatura italiana, cuya base fué el célebre Novellino que puede con razón considerarse como el fundamento del renacimiento literario de Italia.

Para formar acabado concepto de las costumbres de aquella época sin recurrir á testimonios apócrifos, basta con leer esta obra. Las costumbres caballerescas, los galantes, con sus toques, ora fantásticos, ora cómicos están descritos con sencillez, sin pedantería ni rebuscamientos de estilo, picante algunas veces, un poco libre otras, pero siempre atractivo y deleitante.

En esta colección figuran los más notables trabajos de Francesco de Barberino, Franco Sacchetti, Giovanni Fiorentino, Matteo Bandello, Francesco María Moleza y Agnolo Firenznola.

Revista Moderna.—México.

Hemos tenido el gusto de recibir el último número de esta interesante revista, en la cual figuran todos los intelectuales mexicanos, junto con las firmas más conocidas de España; entre las que vemos lucida colaboración de los redactores de REVISTA CRÍTICA.

Letras

La bella revista de la Habana, trae una sección firmada por nuestro compañero Leocadio Martín Ruíz, que encierra para nosotros excepcional importancia, puesto que va dando á conocer los retratos, la labor y las notas biográficas de todos los principales escritores de España. Toda ella resulta interesante amena y elegantemente presentada.

Diario Español.—Habana.

Ha empezado á visitar nuestra redacción este importante rotativo, que á cada día aumenta en circulación y que acaba de introducir importantes mejoras.

Desde primero de este año «Diario Español» cuenta con cable directo, un activo é inteligente corresponsal en el señor Novo y Colson y colaboración de los principales escritores de España. De la parte femenina se ha encargado nuestra directora, cuya pericia periodística es bien conocida.

Pronto regresará á la Habana don Macario Castillo, ilustre escritor representante del periódico que ha organizado sus relaciones con España.

Nuestro Tiempo

El nombre de Salvador Canals, el culto y ameno periodista que la dirige, es la mejor garantía de su importancia y de los interesantes trabajos que publica. El último número es digno de su merecida fama.

Paometeo

El segundo número de esta linda revista ostenta un bello sumario en el que figuran los nombres de toda la juventud literaria, rica en entusiasmo é ideales.

La regeneración de España

dará un paso de gigante si llega á manos de todos sus hijos la **Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana**, editada por la casa *Espasa*. No hay necesidad de acudir á ningún argumento retórico ni de recurrir á la manoseada lista de superlativos para demostrar la rigurosa exactitud de tan rotunda afirmación. Los hechos hablan y no se ocultará á quien vea, lea ú oiga cuanto contiene esta obra, pues se trata de un diccionario sin precedentes, no ya en la historia de la edición española, sino comparándolo con los diccionarios similares, alemanes, americanos, ingleses y franceses. La **Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-americana** está cimentada sobre las sólidas bases de los célebres diccionarios Meyer, Brockhaus y Herder, universalmente reputados como los más completos, concienzudos, documentados, instructivos y convenientemente ilustrados; con tan excelentes elementos está trazado el plan general de la obra española, y prescindiendo del éxito que han tenido las ediciones traducidas de dichas obras (la versión rusa del Meyer alcanza una tirada de 80,000 ejemplares), ha presidido á esta edición la idea eminentemente patriótica de poner la obra española a un nivel que rivalice con las citadas publicaciones, que son la síntesis de la cultura del gran pueblo.

La **Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana**, editada por la casa **ESPASA**, contiene 10,000 biografías inéditas, 100,000 voces, sólo en la letra A—1.000,000 de obras citadas en la bibliografía.

Es el compendio de todas las civilizaciones y el tratado de todos los conocimientos.

Es el libro más útil, el mejor ilustrado, el más instructivo, el más documentado, y por lo tanto,

la obra más barata y más perfecta.

TOMOS TERMINADOS, DEL 1.º AL 4.º

OBRA DE GRAN ÉXITO

Publicada por la casa Editorial MAUCCI

La Mitad del Mundo

Vista desde un Automóvil

De Pekín á París en 60 días

♦ POR ♦

LUIS BARZINI

♦ PRÓLOGO DEL ♦

Príncipe D. Escipión Borghese

Forma un voluminoso tomo impreso en rico papel satinado, de cerca de 600 páginas con 200 ilustraciones y una carta mapa del itinerario.

Precio en rústica.—10 pesetas.

Encuadernada en tela con primorosas planchas doradas.—12'50.

S. A. R. LUIS AMADEO DE SABOYA

DUQUE DE LOS ABRUZOS

La "Estrella Polar,, en el Mar Artico

(1899-1900)

Traducción española del Dr. ENRIQUE TEDESCHI

Relato de la *Primera expedición italiana al Polo Norte*, con la descripción del viaje en trineos emprendida por el comandante Cagni hasta 86°34. Norte, y la memoria del médico de primera clase Cavalli-Molinelli, relativa al regreso á la bahía de Teplitz y las condiciones sanitarias de la expedición.

Esta lujosa obra, impresa en excelente papel satinado, consta de 752 páginas en dos tomos con 250 ilustraciones, 2 panoramas, 3 mapas en colores y un plano de las regiones exploradas.

Precios de la obra

Encuadernada en dos tomos.	20 Pesetas.
Lujosamente encuadernada en dos tomos y en tela, con lomos de piel y planchas doradas.	25 >
Encuadernada en un solo tomo, con lomo de piel y planchas doradas.	23'50 >

VIAJE AL POLO SUR

ORIGINAL DEL ILUSTRE EXPLORADOR SUECO

OTTO NORDENSKJÖLD

Esta obra consta de dos hermosos tomos de 592 y 654 páginas respectivamente, con 350 ilustraciones, 4 mapas y cinco láminas tricolores. Todos los fotograbados son reproducciones de fotografías del natural, interesantísimas y de valor inapreciable.

PRECIOS DE LA OBRA

Dos tomos encuadernados en rústica.	24 ptas.
Dos tomos espléndidamente encuadernados en tela, con lomo de piel y ricas planchas doradas.	30 >
Encuadernada en pasta española.	30 >

Casa Editorial MAUCCI-Biblioteca de Arte y Letras

Esta interesante colección, la mejor sin duda de los que se han publicado hasta el día, consta de primorosos tomos profusamente ilustrados esmeradamente impresos y artísticamente encuadrados.

Agotados muchos de ellos, acaban de reimprimirse y podemos ofrecer la colección completa á 3 pesetas el tomo.

- Dramas de Shakspeare**, versión de Menéndez Pelayo, 4 tomos.
Dramas de Schiller, traducción de José Yxart, 3 tomos.
Dramas de Víctor Hugo, profusamente ilustrados, 2 tomos.
Fortuny, por José Yxart, con reproducciones de sus cuadros, 1 t.
Cuentos de Andersen, con ilustraciones de Apeles Mestres, 1 tomo.
La hija del rey de Egipto, por Jorge Ebers, 2 t.
El Nabab, por Alfonso Daudet, traducción de J. Sardá, 1 tomo.
La razón social Fromont y Risler, por Alfonso Daudet, 1 tomo.
Mireya, poema provenzal, por Federico Mistral, 1 tomo.
Odas de Horacio, coleccionadas por Menéndez Pelayo, 1 tomo.
Maria, (novela americana), por Jorge Isaacs, 1 tomo.
Sainetes de D. Ramón de la Cruz, colección completa, 2 tomos.
Perfiles y colores, por Fernando Martínez Pedrosa, 1 tomo.
Bocetos californianos, por Bret Harte, 1 tomo.
Quintín Durward, primorosa novela por Walter Scott, 2 tomos.
El hijo de la parroquia, interesante novela por Carlos Dickens, 1 t.
Tres poesías, por O. Wallin, T. Schiller y T. Andrada, 1 tomo.
Narraciones de la selva, por Auerbach, 1 tomo.
Vida del escudero Marcos de Obregón, por V. Espinel, 1 tomo.
Romancero selecto del Cid, con ilustraciones primorosas, 1 tomo.
Nora, por la baronesa de Brackel, prólogo de M. y Flaquer, 1 tomo.
Mujeres de Goethe, por Pablo de Saint-Victor, 1 tomo.
Fausto, por Juan Wolfgang Goethe, traducción de T. Llorente, 1 t.
Viaje artístico de tres siglos, por Pedro de Madrazo, 1 tomo.
Elena de la Seiglière, novela por Julio Sandeau, 1 tomo.
Magdalena, premiada por la Academia Francesa, por J. Sandeau, 1 t.
Novelas escogidas, de Mateo Bandello, 1 tomo.
Poesías de don Ramón de Campoamor, selecta colección, 1 tomo.
Músicos célebres, interesantes biografías por F. Clement, 1 tomo.
La Regenta, novela por Leopoldo Alas (Clarín), 2 tomos.
Mil y un fantasmas, por Alejandro Dumas (padre), 1 tomo.
Dramas musicales de Ricardo Wagner, 2 tomos.
El conde Kostia, interesante novela por Víctor Cherbuliez, 1 t.
La dama joven, por Emilia Pardo Bazán, 1 tomo.
La niña Dorrit, interesante novela por Carlos Dickens, 2 tomos.
Poesías.—Libro de los cantares, por Enrique Heine, 1 tomo.
¡Hijo mío! preciosa novela por Salvador Farina, 1 tomo.
Cabellos rubios, novela interesante por Salvador Farina, 1 tomo.
Murillo.—El hombre.—El artista.—Las obras, por L. Alfonso, 1 t.
Oro escondido, por Salvador Farina, 1 tomo.
La mariposa, admirable novela por Narciso Oller, 1 tomo.
Miscelánea literaria, por Gaspar Núñez de Arce, 1 tomo.
El anacronópete, por Enrique Gaspar, 1 tomo.
A orillas del Guadearza, por J. Ramón Mélida, 1 tomo.
Cuentos fantásticos, por E. Teodoro Hoffman, 1 tomo.
Historias extraordinarias, por Edgar Poe, 1 tomo.
Faustina de Bressier, primorosa novela por A. Delpit, 1 tomo.
Ana Karenine, por el conde León Tolstoy, 2 tomos.
Leoni Leone.—El secretario, dos novelas de Jorge Sand, 1 tomo.
Leyenda del rey Bermejo, por Rodrigo Amador de los Ríos, 1 t.